
LADRON DE ROBOTS
GLENN PARRISH
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

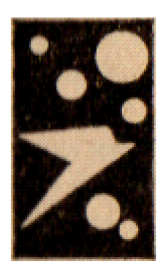
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

23 – Las lunas de Yac, *Peter Debry*.
24 – El agujero en el universo, *Glenn Parrish*.
25 – Ballet cósmico, *Curtis Garland*.
26 – Epitafio para todas, *Peter Debry*.
27 – Los hijos de las tinieblas, *Ralph Barby*.

GLENN PARRISH

LADRÓN DE ROBOTS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 28
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 47.985 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1971

CAPITULO PRIMERO

—¡Un hombre! ¡Un hombre! —gritaron los robots.

—¡Ha llegado un hombre!

—Un humano, un humano...

Los gritos, todos ellos proferidos con la misma voz, el mismo tono y el mismo volumen sonoro, se expandían en todas direcciones por la llanura.

—¡Un hombre! ¡Un hombre!

Sí, era un hombre.

Sentíase la mar de perplejo oyendo aquellas voces que anunciaban su presencia, porque no veía a quienes las proferían. Pero no tardó mucho en divisar al primer robot.

La máquina, con forma humana, avanzaba resueltamente hacia él.

El hombre, Jimmy Harris, levantó tímidamente la mano derecha en señal de paz.

Más robots empezaron a surgir de todas las partes. Todos convergían hacia Harris, gritando con mecánica excitación: —¡Ha llegado un hombre! ¡El hombre ha llegado a nuestro mundo!

Los robots aparecían a decenas, a centenares, a millares...

Harris tenía los ojos fuera de las órbitas. Eran cientos, tal vez miles de seres mecánicos exactamente iguales los unos a los otros, como vomitados por una extraña máquina que reprodujese un determinado original con absoluta fidelidad.

—So... soy un hombre... U... un náufra... frago del espa... espacio... —tartamudeó Harris, que, sin saber por qué, sentía un miedo pavoroso—. No..., no os quiero hacer daño...

—Es un hombre —dijo uno de los robots, en cuyo rostro no se advertía la menor expresión de ira o complacencia—. Nunca he tocado a un hombre —manifestó.

Y le puso la mano encima de un hombro.

El robot apretó.

Harris lanzó un grito de insufrible angustia. Incapaz de dominar el dolor, cayó de rodillas.

—No me hagáis daño —gimió, con el hombro destrozado por aquel bárbaro apretón.

La sangre corría a lo largo de su costado derecho. Los huesos de la articulación habían quedado completamente destrozados.

Otro robot le «tocó» el brazo derecho. El resultado fue que con un leve tirón, Harris se quedó sin aquel miembro.

El dolor, afortunadamente, le hizo desvanecerse. Otro robot se apoderó de una pierna.

—¿Así tienen los miembros estos seres humanos? —preguntó, encendido el circuito de la perplejidad.

Dos robots rasgaron el vientre de Harris. Las vísceras se desparramaron por el suelo.

—Repugnante.

—Asqueroso.

Varios robots empezaron a dar la vuelta.

—¿Para eso hemos abandonado nuestros quehaceres?

—Yo creía que un hombre era otra cosa.

—Me siento decepcionado.

—¿Quién fue el idiota que dijo que éramos una obra de los seres humanos?

—Está visto: nada como los robots.

—Somos una cosa grande: la más grande del mundo.

—Decididamente, donde esté un robot, que se quiten los humanos.

En pocos minutos, la llanura quedó desierta.

Sobre la hierba yacía el cuerpo destrozado de un náufrago del espacio.

No había seres humanos en aquel planeta, pero sí animales. Las moscas empezaron a zumbar bien pronto en torno al cadáver.

*

Delante de la astronave «Sylvia T.» se encendieron de repente tres gigantescos fogonazos rojos.

El oficial de guardia en el puente parpadeó, asombrado.

—¡Orden de detención! —exclamó.

Era una frase tópica. En realidad, una astronave que viaja por el espacio no se puede detener como se detienen un tren o un automóvil, a menos que aterrice. Lo que en realidad significaban aquellos tres fogonazos rojos era que la «Sylvia T.» debía mantener su velocidad de crucero, sin intentar la menor maniobra de evasión.

El oficial de guardia tocó un interruptor.

—¡Capitán, al puente! —llamó—. Acabo de percibir la señal de parada.

De nuevo se produjeron más fogonazos: tres anaranjados, alternados con tres blancos. Su significado de las señales luminosas era el siguiente: —Desconecten las máquinas de traslación superestelar.

Finalmente, llegó otra señal luminosa: tres destellos rojos y dos amarillos, también alternados.

—¡Obedezcan o les destruiremos!

Mientras llegaba el capitán, el oficial de guardia tomó un micrófono.

—Pero, ¿quiénes diablos son ustedes? —clamó.

Alguien debía tener conectada la radio a todas las frecuencias posible de la astronave, porque, inmediatamente, se percibió una respuesta: —Encienda su pantalla telescópica.

El oficial de guardia obedeció. Segundos después, en la pantalla de observación pudo contemplar, con el resto de los tripulantes de guardia en el puente, una extraña grabación.

Era una bandera negra, con una calavera blanca y dos tibias cruzadas en el centro.

—¡Piratas! —exclamó.

—En efecto —contestó la misma voz—. Les estamos hablando desde la astronave «Zig», al mando de la capitán Lyra de Thurm. Vamos a asaltarles, y, por su propio bien, esperamos no opongan la menor resistencia.

*

Las esclusas internas de la astronave «Sylvia T.» se abrieron; un pelotón de individuos se precipitó a través de las aberturas, capitaneados por una hermosa mujer.

Era una joven alta, esbelta, de senos rotundos y pelo negro. Vestía ropajes ceñidos y escasos de tela, sujetaba su pelo con un pañuelo negro y usaba botas blandas de media caña y tacón alto. Pendiente de la cintura llevaba las fundas de dos pistolas radiónicas, una de las cuales lucía en su mano derecha.

Lo curioso del caso era que la joven tenía el ojo izquierdo tapado por un parche negro. Pero ello añadía un extraño incentivo a su belleza.

—¿Dónde está el capitán de la nave? —preguntó—. Soy Lyra de Thurm, comandante de la «Zig».

—Yo soy —se presentó un sujeto—. Mi nombre es Ferdy Halm.

—Encantada, capitán —dijo Lyra—. ¿Ha reunido a todos los pasajeros en el salón principal, como le ordené?

—Señora, permítame que le exprese mi más enérgica protesta...

—No le permito nada —cortó Lyra, secamente—. Vamos allá. ¡Pedro!

Un pirata se destacó en el acto.

—Señora...

—Llévate dos hombres y vigila el puente. Sigue allí hasta nueva orden.

—Sí, señora.

—Los demás, conmigo. ¿Vamos, capitán Halm?

El comandante de la «Sylvia T.» bramaba de ira interiormente. Sólo el pensamiento de que, por encima de todo, debía velar por las

vidas de sus ciento veinte pasajeros y treinta tripulantes le había impedido intentar una maniobra de evasión.

Los pasajeros estaban reunidos ya en la gran sala de la nave. Todos tenían en las manos sus objetos personales.

Lyra sonrió burlonamente.

—Así me gusta, como borreguitos —dijo—. Kent, empieza ya.

—Sí, señora.

Kent Ardiss, tercer oficial de la «Zig», inició la operación de desvalijar a los pasajeros, secundado por cuatro piratas, mientras seis más, en fila, tenían sus pistolas radiónicas listas para cortar en el acto cualquier tentativa de rebelión.

Los sacos que habían llevado a prevención quedaron bien pronto llenos de dinero y joyas de gran valor.

—Se ve que la «Sylvia T.» es una nave de lujo —comentó Lyra, burlonamente—. Kent, los camarotes.

—Sí, señora.

El registro de los camarotes duró una hora, lo que proporcionó unos ingresos suplementarios de varios millones en dinero y joyas escondidas por los pasajeros. Ardiss anunció el final de la operación por medio de un interfono.

—Muy bien —decidió Lyra—, nos vamos.

Regresaron a la cámara de acceso. Lyra llamó a Pedro Tsartsan, su segundo de a bordo:

—Todo listo, Pedro.

—Ahora mismo voy.

Tsartsan y sus dos hombres se dispusieron a abandonar el puente. Entonces, aprovechando un momento de descuido, el oficial de guardia pulsó un botón.

Una estela de fuego apareció inmediatamente en el espacio. La astronave se estremeció un poco.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Lyra.

Tsartsan lanzó un juramento.

—¡Maldición! ¡Han disparado una bengala de socorro!

Su pistola se elevó y descendió contundentemente. El oficial de guardia se desplomó fulminado, con una brecha en el cráneo, de la que empezó a manar la sangre en el acto.

Tsartsan corrió hacia la cámara de acceso, donde le aguardaban Lyra y los demás.

—¡El oficial de guardia ha lanzado una bengala de socorro! —exclamó.

Lyra miró severamente al capitán Halm.

—Se le dieron órdenes de permanecer absolutamente quieto —dijo.

Halm se encogió de hombros.

—El teniente Day es un joven impulsivo —se excusó.

—Esa bengala delatará nuestra posición —dijo Tsartsan, alarmado —. A dos millones de kilómetros de aquí su emisora de radio empezará a lanzar señales de socorro…, y ya ha recorrido la cuarta parte de la distancia, por lo menos.

—No te preocupes, Pedro —sonrió Lyra—. ¿Dónde hay un transmisor portátil?

Uno de los piratas se lo entregó en el acto. Lyra llamó:

—¡Oficial de artillería de la «Zig», conteste en el acto!

—Habla el teniente Womer —sonó una voz segundos más tarde—. Estoy a sus órdenes, señora.

—Womer, dispare un torpedo ultrarrápido con cabeza rastreadora. Rumbo, el de la «Sylvia T.». Programe y actúe inmediatamente. Le quedan menos de millón y medio de kilómetros para alcanzar el blanco.

—Me sobran millón y cuarto —respondió Womer, con acento ufano.

Lyra devolvió el transmisor a su portador. Luego, saludó burlonamente el capitán Halm.

—Ha sido un placer —dijo—. Y un buen provecho.

Halm crispó los puños.

—Espero leer algún día en los noticiarios que su nave ha sido destruida, con todos los forajidos que transporta, usted incluida —dijo, dominando difícilmente el furor que sentía.

—Procuraremos no darle ese gusto —rió Lyra—. ¿Vamos, muchachos?

Minutos después, se vio un gran fogonazo en las profundidades del espacio. El oficial de artillería de la nave pirata anunció: —Destruida la bengala de socorro antes de iniciarse las transmisiones de radio.

CAPITULO II

La patrulla era de rutina.

Al menos, así lo pensaba el capitán Juan Guildax, de la Policía Interestelar.

Sentado cómodamente en uno de los butacones de su patrullera, que navegaba por el piloto automático, con una órbita programada de antemano, se entretenía en contemplar las noticias televisadas que llegaban a su receptor.

—Por una persona desconocida, se ha reclamado la propiedad del planeta denominado Mechnos por el propio interesado —dijo el locutor—. El Registro Estelar de Propiedades del Espacio ha accedido a la petición, y ello nos hace pensar que se trata de una broma, porque, ¿quién conoce al desconocido que desea convertirse en el dueño de un planeta cuya existencia es una fantasía?

Guildax cambió el canal. Su rostro se animó.

—Este noticiario es mucho más atractivo —dijo.

Iba a procederse a la elección de «Miss Octavo Sistema». Sesenta espectaculares bellezas iniciaron el desfile por el escenario del lugar donde se celebraba el festejo.

La imagen se recibía en color y relieve. Algunos primeros planos de la cara y el busto de las misses resultaban realmente sensacionales.

Para Guildax, la distracción se acabó bien pronto.

Una campana empezó a tañer en la sala de pilotaje. Lanzando un suspiro de resignación. Guildax cortó el programa.

En la sala de mando, conectó la radio. Una voz dijo:

—Use la frecuencia RE-3, conectada a la descifradora de mensajes. Clave U-7. Repita.

—Frecuencia RE-3, clave U-7 —dijo Guildax.

—Perfecto. Atienda a la transmisión y acuse recibo.

—O.K.

Guildax manejó los controles de la radio. Alguien, a billones de kilómetros de distancia, empezó a decir lo que, en apariencia, eran puros disparates.

Sin embargo, la traductora de claves hacía perfectamente inteligibles aquellas frases que parecían salidas de los labios de un demente: —Se ha perdido todo rastro de la patrullera «WU-02», pilotada por James Harris. Investigue, siguiendo rastreador de órbitas hasta coordenadas 09-L5, y a partir de ahí, hasta que tenga noticias de Harris.

—Sí, señor.

—Informe reservado: La astronave de pasajeros «Sylvia T.» fue

asaltada por los piratas de la nave «Zig», al mando de Lyra de Thurm. Si la avista, destrúyala sin previo aviso. Sus cifras de identificación, que captará en su detector, son: EE-17-83-KI. Grabe los mensajes y acuse recibo. Eso es todo.

—Mensajes recibidos en óptimas condiciones —anunció Guildax.

—Eso es todo, capitán. Buena suerte.

Guildax cerró la comunicación y se quedó pensativo unos momentos.

Los piratas de la nave «Zig». Hacía años que operaban en el espacio, pero, hasta entonces, nadie había podido echarles el guante.

Lo curioso era que estaban mandados por una hermosa mujer. Caprichosa, además, si uno se fijaba en el detalle del parche negro que cubría su ojo izquierdo.

Un detalle de coquetería femenina, se dijo. Las mujeres, en el siglo XXIV, ¡eran tan raras!

Pero a él, cuando estaba con una mujer joven y hermosa, le gustaba contemplarle los dos ojos, sin parches ni tonterías por el estilo.

Lanzando un suspiro, empezó a buscar la mejor órbita para alcanzar las coordenadas señaladas. Lo más interesante, por el momento, era encontrar el rastro del patrullero Harris.

Dos semanas más tarde, el capitán Guildax abandonó la empresa. Su nave necesitaba combustible y él iba a tomarse otras dos semanas de descanso en Haaven City, capital de Orthar, 9º Planeta del 11º Sistema, donde su división policial tenía su cuartel general.

*

El rastro del patrullero Harris se había perdido por completo. Nadie tenía la menor idea de lo que le había podido pasar.

—Tal vez un accidente a bordo de la nave —sugirió el coronel Fagus, jefe de la división—. Perdió el control de la misma y la patrullera se zambulló en nuestro Sol, donde se convirtió en cenizas instantáneamente.

—Es posible —admitió Guildax—. Siento mucho no haber encontrado rastro alguno del pobre Harris.

—No se preocupe —dijo Fagus—. Ahora tómese su descanso, que bien le conviene. Dentro de dos semanas, su nave estará completamente lista, revisada y repostada para una nueva patrulla.

Guildax se llevó una mano a la sien.

—A sus órdenes —se despidió de su jefe.

Guildax tenía un apartamento propio en Haaven City. Era un piso pequeño, pero bien decorado, en el que le gustaba residir mejor que en un hotel.

Llegó a su casa y se metió en el baño. Después, vestido con ropas ligeras y frescas, se dispuso a prepararse algo de comida.

El zumbador del visófono sonó de pronto. Guildax abandonó la cocina y se dirigió a la sala.

—Buenos días, señor —le saludó un tipo de cara sonriente, desde la pantalla del aparato—. Soy Penf Darhan, vendedor. Tengo el gusto de ofrecerle un robot a precio verdaderamente increíble...

Guildax sonrió.

—No, muchas gracias, no necesito ningún robot por ahora —contestó.

—Déjeme que le hable un momento, señor —pidió Darhan—. Los robots corrientes, es decir, los que salen de las fábricas, cuestan un ojo de la cara, aparte de que suelen ser imperfectos. El robot que yo le ofrezco es la perfección en el más estricto sentido de la palabra y, además, se lo vendo solamente por diez mil discos. Vaya usted a una fábrica y verá que el robot más tonto no le cuesta menos de treinta mil...

—Aun así —sonrió Guildax—. Mi sueldo de capitán de policía no da para semejantes dispendioso.

Darhan dejó de sonreír inmediatamente.

—¿Ha dicho capitán de policía?

—En efecto, eso mismo he dicho.

—¡Perra suerte la mía! —masculló el ex sonriente vendedor. Y sin añadir una sola palabra más, cortó la comunicación.

Guildax se sintió un tanto preocupado. ¿A qué venía aquella extraña actitud?

Muchos años atrás, había estado en las divisiones criminales de la policía, antes de pasar a las patrullas del espacio. Guildax tenía un buen amigo en la División Antirrobo.

Momentos después, estaba en contacto con el teniente Frangi.

—Hola, Juan —saludó Frangi—. ¡Qué caro resultas de ver!

—Cuando uno está en las patrullas del espacio, siempre es caro de ver. Oye, Frangi, ¿tienes noticia de algún robo de robots en la fábrica de Haaven City?

—No, ninguna —contestó Frangi, asombrado—. Nadie ha denunciado hasta ahora un robo de esa índole. ¿Por qué lo dices?

—Me han ofrecido un robot por sólo diez mil discos, cuando el más barato cuesta treinta mil. Eso me huele a poco limpio, ¿comprendes?

—También a mí, Juan. ¿Quién te ha ofrecido un robot que sólo vale la tercera parte del precio habitual?

—No sé quién es, pero dijo llamarse Penf Darhan. Señas personales: treinta y pocos años, medio calvo, pelo oscuro y ojos negros. No puedo decirte más, Frangi.

—Poco es, pero algo haremos. Gracias por el aviso, Juan.

—Ha sido un placer, Frangi.

Guildax cortó la comunicación.

¿Quién era el loco que ofrecía robots, según él, perfectos, a un precio que resultaba ser la tercera parte de los que regían actualmente en el mercado?

Acabó por encogerse de hombros. El robo ya no era problema suyo.

Al menos, cuando estaba en tierra.

En tierra, su problema era divertirse, pues aunque Guildax era un estricto cumplidor de su deber cuando estaba de servicio, también era joven y el cuerpo le pedía un poco de jarana después de una patrulla.

*

El local era grande, espléndidamente decorado, y tenía fama de buena cocina.

También tenía fama de excelentes diversiones. En el escenario, una hermosa muchacha hacía las más audaces contorsiones, cubierto su delgado cuerpo con una sucinta indumentaria, a fin de permitirle facilidad de movimientos.

Guildax ocupó una mesa vacía y eligió el menú. En el cuerpo de bailarinas del Hipergalaxy había una que se sentiría muy contenta de verle.

Tomó la sopa. Una mujer entró y el maestresala la atendió de inmediato, conduciéndola a la mesa contigua de Guildax.

El policía la observó con discreción. Era una chica alta, muy esbelta, vestida con singular audacia, de pelo intensamente negro, recogido en una altísima pirámide sobre su cabeza, pero el conjunto, en cierto modo, quedaba afeado por las gafas absolutamente negras que ella usaba.

Guildax se dio cuenta de que el lado externo de los cristales era negro, a fin de impedir que la gente viera los ojos de la persona que los usaba. Pero el lado opuesto era perfectamente transparente.

Ella se sentó y pidió la carta. Las bailarinas salieron al escenario y Guildax se desinteresó por el momento de la hermosa vecina.

Escrutó entre los dieciocho sonrientes rostros que se veían en el escenario. De pronto, reconoció a su amiga y agitó ligeramente la mano.

Dyvia Soumt le guiñó un ojo. Guildax sabía lo que quería decir aquel gesto: «Espérame a la salida». Hizo una señal afirmativa y continuó cenando.

El camarero trajo el segundo plato a la joven de las gafas negras. Guildax miraba accidentalmente en aquella dirección y apreció un

bulto extraño en la indumentaria del sirviente a la altura del estómago.

El camarero empezó a llenar el plato de la hermosa cliente. De súbito, Guildax se dio cuenta de que el bulto del estómago había desaparecido.

El camarero se alejó. A Guildax le pareció que lo hacía con demasiadas prisas.

Un oscuro sentimiento de alarma invadió su subconsciente. Con un súbito impulso se agachó y miró por debajo de la mesa.

La joven frunció el ceño, enojada por lo que consideraba una desagradable impertinencia. Pero casi en el acto vio que la mesa en que estaba cenando salía disparada a un lado.

El contenido del plato fue a parar a su regazo, poniéndole el traje perdido de salsa. Ella se indignó violentamente.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó, en medio del asombro de los ocupantes de las mesas vecinas.

Una mano de dedos de hierro agarró su muñeca y tiró de ella. Casi en el acto se vio un vivo fogonazo y se escuchó una sorda detonación.

Saltaron algunas astillas de la mesa. En la pared apareció un negruzco orificio, de algunos centímetros de diámetro y bordes irregulares. La joven pugnó por levantarse de las rodillas del individuo que la había sentado sobre sí a la fuerza.

Guildax sonrió.

—Ya puede considerarse a salvo, señora —dijo. Ella le miró extrañada, mientras los camareros corrían hacia aquel lugar.

—Pero...

—¿Tiene usted enemigos, señora? —preguntó Guildax.

La joven no sabía qué decir. Guildax terminó de volcar la mesa y dejó al descubierto la cara inferior del tablero, que ahora quedaba hacia arriba.

Adosado a la misma, por medio de una ventosa, había un extraño artefacto, que parecía el cañón de un arma antigua, dotado de una larga protuberancia en uno de sus extremos. Guildax se inclinó y tiró del artefacto.

—Una vieja pistola de perdigones —dijo—. Pero ha sido modernizada y le han puesto silenciador y un mecanismo de disparo automático a tiempo.

La joven estaba lívida.

—Estuve a punto de morir —murmuró.

—Los perdigones se habrían añadido a la sopa que usted tomó poco antes —sonrió Guildax—. Pero el plomo es siempre un alimento indiscreto.

El gerente del local apareció en aquel momento.

—Oh, es usted, capitán Guildax —dijo—. Perdone que no le haya

reconocido antes…

—No tiene importancia —sonrió el policía—. Alguien intentó atentar contra esta encantadora dama, pero yo he conseguido evitarlo a tiempo, por fortuna.

—¡Capitán Guildax! —repitió la joven.

—El mismo, señora. Oficial de las patrullas del espacio, a sus órdenes en todo momento.

El gerente empezó a dar órdenes para que los camareros repararan los desperfectos producidos por el incidente. Guildax empezó a pensar en algo que le había pasado inadvertido, debido a la confusión del momento.

CAPITULO III

—¿Dónde está el camarero que sirvió a la dama? —preguntó.

El gerente le miró sorprendido.

—Un momento, por favor, capitán. —Se volvió hacia el maestresala y preguntó—: ¿Quién servía la mesa veintidós, Jules?

—Mentkx, señor..., pero no le veo por aquí en estos momentos...

—Vaya a buscarlo —ordenó Guildax, perentoriamente. Miró a la joven—. Alguien intentó matarla, señora, esto es evidente.

Ella hizo un signo de asentimiento.

—Tal vez se trate de una confusión —apuntó.

—El asesino lo hizo deliberadamente —afirmó Guildax—. Yo le vi un bulto en la cintura y luego me di cuenta de que ya no lo tenía. Manipuló hábilmente para sujetar la pistola debajo de la mesa, pero se marchó con demasiadas prisas y eso me hizo recelar.

—No sé... —La joven se pasó una mano por la frente—. Me siento mal... Además, tengo el vestido hecho una lástima...

—Todavía no sé su nombre, señora —dijo Guildax.

—Oh, perdone, ¡estoy tan aturdida! Soy Wania Lerd, capitán. Le doy las gracias por haberme salvado la vida.

—No tiene importancia, señora.

El gerente extendió una mano.

—Señora Lerd, tenga la bondad; en los lavabos encontrará sirvientas que le ayudarán a reparar los desperfectos de su vestido.

—Sí, muchas gracias. Con su permiso, capitán.

Wania y el gerente se alejaron. Guildax se sentía bastante preocupado.

El maestresala llegó en aquel momento. Se le veía muy agitado.

—¿Qué pasa, Jules?

—Hemos encontrado a Mentkx, señor, el camarero que debía haber servido la mesa. Estaba atado y amordazado en uno de los vestuarios. Dice que un desconocido le atacó y le golpeó, pero que ya no recuerda nada más.

—Usted no notó la falta de Mentkx, Jules.

—Comprenda, capitán —se disculpó el maestresala—, esta noche había más gente que nunca, y son casi cincuenta camareros los que están trotando continuamente entre las mesas.

—Sí, es cierto —admitió Guildax, de mala gana—. Gracias de todos modos.

—A usted, señor.

El gerente vino a los pocos momentos.

—No me gusta esta clase de incidentes en mi local —refunfuñó.

—Publicidad —sonrió Guildax—. Bernie, ¿conocía usted a la señora Lerd?

—La he visto un par de veces por aquí, pero no es una cliente asidua, capitán.

—Entonces, ¿no sabe dónde vive?

—No, pero si le interesa...

Guildax hizo un gesto con la mano.

—No se preocupe, Bernie; yo mismo la acompañaré a su casa. ¿Qué opina usted del atentado?

El gerente se encogió de hombros.

—Un marido demasiado celoso —contestó.

—Quizá —admitió Guildax, pensativamente—. Está bien, Bernie, haga que me sirvan una copa; la estoy necesitando.

—Al momento, capitán.

Bernie se marchó. Diez minutos más tarde, regresó, con el desconcierto pintado en su rostro.

—La señora Lerd ha desaparecido, capitán —informó.

—¿Qué? —exclamó Guildax.

—Se encerró en uno de los lavabos y escapó a través de la ventana que da a la explanada posterior —dijo el gerente.

*

—Es curioso —dijo el teniente Frangi.

—¿Qué es lo que encuentras de curioso, muchacho? —preguntó Guildax.

Estaba sentado en un ángulo de la mesa de trabajo de Frangi. El teniente respondió:

—He logrado echar mano a uno de los robots que venden a una tercera parte de su valor. Uno de mis agentes se fingió comprador y...

—¿Y...?

Frangi le tiró una fotografía.

—Ahí tienes a la máquina —dijo—. Como no hay puntos de referencia, te diré que su estatura es de un metro y noventa centímetros.

—Un buen mozo —sonrió Guildax.

Examinó la fotografía. El robot tenía enteramente la figura de un hombre, sólo que no llevaba encima la menor prenda de ropa, lo que permitía apreciar que era la reproducción asexuada de un ser humano.

La cara estaba poco definida, si bien se apreciaban los rasgos principales. La boca carecía de labios y los ojos eran completamente redondos.

—Aquí los hacen de mejor aspecto —dijo.

—Pero tres veces más caros y tal vez no tan eficientes —respondió Frangi.

—¿Dónde los fabrican?

—Oh, eso es lo peliagudo del caso. Ese robot tiene un número de serie, pero no hay marcas de origen que permitan averiguar el lugar de fabricación.

—¿Es ilegal eso?

—En absoluto, mientras comprador y vendedor abonen los impuestos correspondientes, lo cual ya no es de mi competencia.

—Entonces, ¿por qué diablos Darhan cortó apenas conoció mi identidad?

Frangi se encogió de hombros.

—No lo sé, Juan —repuso—. Quizá fue delincuente en tiempos y su reacción fue meramente instintiva en cuanto supo que eres un policía. Pero, por ahora, no hay ninguna duda de que puede vender los robots con toda legalidad.

—Mientras pague impuestos —dijo Guildax, con sorna—. La fábrica de Haaven City va a sufrir una dura competencia.

—En confianza, Juan, se lo tienen bien merecido los del sindicato; son unos ladrones —rió el teniente.

Llamaron a la puerta. Frangi dio permiso.

Un hombre, con galones de sargento, penetró en el despacho. Traía un sobre en la mano.

—Un mensaje para usted, capitán —anunció—. Del coronel en persona. Ah, y hemos averiguado el domicilio de la señora Lerd.

—Interesante, sargento —contestó Guildax, mientras abría el sobre —. ¿Dónde vive?

—Avenida Ochenta y Seis, séptimo nivel, número dos mil doscientos treinta y cinco, departamento E-B.

—Magnífico. Gracias, sargento.

Guildax extrajo el contenido del sobre. Había una nota y una fotografía:

La nota decía:

«Le acompaño fotografía de Lyra de Thurm, tomada por uno de los pasajeros de la «Sylvia T.», sin que la interesada se apercibiese de ello.»

Guildax contempló la fotografía. Estaba en colores naturales y era de una fidelidad asombrosa.

Frangi se levantó para mirarla por encima del hombro de su amigo.

—¡Vaya fulana! —silbó.

—Es muy guapa, en efecto —convino Guildax, sonriendo—. Pero

lleva un parche sobre el ojo izquierdo.

—Oh, algunas mujeres lo hacen por coquetería, y más Lyra, si se considera de veras un pirata en versión femenina.

Guildax estudió la fotografía durante algunos instantes. El negativo había sido ampliado de tal modo, que el rostro de Lyra aparecía solamente a un tercio de su tamaño natural.

De pronto, encontró algo familiar en aquel rostro.

—Dame un lápiz, Frangi —pidió.

El teniente se lo entregó. Con mano nerviosa, Guildax tapó el ojo libre de la fotografía y completó el parche del otro, de modo que pareciera que Lyra llevaba puestas unas gafas negras.

—¡Maldición! —juró.

—¿Qué te pasa, Juan? —preguntó.

—¡Ella, es ella! —exclamó Guildax—. Wania Lerd es Lyra de Thurm, la capitán de la astronave «Zig».

—¡Demonios, vaya noticia! —dijo Frangi.

Guildax se precipitó hacia la puerta.

—¡Mira que no haberlo sabido ver hace dos noches! —exclamó, mientras abandonaba el despacho a todo correr.

Sus prisas resultaron inútiles.

Wania Lerd no estaba en su casa. Los informes que Guildax pudo reunir le dijeron que Lyra de Thurm se había marchado sin dejar constancia de su paradero.

—Después de lo que le sucedió la otra noche, es lo más natural —se dijo Guildax, sintiendo en su interior la amargura del fracaso de su gestión.

*

—Tengan cuidado. Los robots ya no pueden hallarse muy lejos de aquí.

Tomás Gaylon se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Tengo los nervios a punto de estallar —masculló.

Junto a él avanzaban cuatro o cinco individuos más, todos ellos armados con sendos aparatos semejantes a escopetas de grueso cañón y muy cortos. Un hombre capitaneaba al grupo.

Era un sujeto de unos cuarenta y tantos años, alto, tremendamente robusto, de nariz aquilina, quien también empuñaba uno de aquellos extraños aparatos. Pero, además, llevaba colgado del cuello un diminuto radar portátil, con detector de señales sonoras.

—Señor —dijo de pronto Gaylon.

—¿Qué pasa, Tomás?

—Yo... yo me pregunto si no habrá algo ilegal en lo que estamos haciendo...

—¿Por qué, Tomás? ¿A quién pertenece el planeta?

—A usted, claro, pero…

—Entonces…, ya no hay más dudas. Mechnos estaba deshabitado cuando yo lo descubrí. La ley me asiste para convertirme en dueño de cuanto hay sobre su superficie y también de las posibles riquezas de su subsuelo.

—Sí, pero los robots…

—¿Son seres humanos? ¿Tienen inteligencia natural?

—No, señor, desde luego que no.

—En ese caso, y puesto que nadie antes se ha presentado a reclamar su propiedad, son míos y dispongo de ellos a mi capricho. ¿Está claro?

—Clarísimo, jefe —terció otro de los miembros del grupo—. Me gustaría saber quién los fabrica y cómo los fabrica.

—¿Importa eso algo? —sonrió Wences de Vroot—. Están aquí y es todo lo que interesa, Ernley.

—Sí, señor, y lo que interesa… es muy interesante —dijo Ernley Darmis, soltando una estrepitosa carcajada.

El radar portátil empezó a lanzar de pronto señales sonoras.

—¡Cuidado! —dijo De Vroot—. Se acerca una masa metálica.

El grupo se detuvo en seco. Delante de ellos se oyó ruido de matorrales agitados con cierta violencia.

Un robot apareció a la vista de los humanos. Rápido como el pensamiento, De Vroot apretó el gatillo y un extraño proyectil, semejante a una infantil flecha de ventosa, pero mucho mayor, partió disparado hacia el cuerpo del robot.

El robot se detuvo en el acto. Darmis manejó un transmisor portátil y, a los pocos momentos, una pequeña astronave se detuvo en la vertical del robot.

Unas ligaduras especiales descendieron del vientre de la navecilla. Los hombres de De Vroot sujetaron al robot y alguien lo izó a bordo del aparato.

De Vroot habló a continuación por la radio:

—Manténganse continuamente a la expectativa. La caza es abundante en este sector.

—Sí, señor.

De Vroot devolvió la radio a su portador. Luego agitó la mano:

—¡Sigamos! —ordenó—. Y tengan los ojos bien abiertos —recomendó—; si un robot les echa encima sus zarpas mecánicas, no tendrán mucho tiempo de lamentarlo.

CAPITULO IV

En aquel abordaje hubo un muerto.

Uno de los tripulantes de la nave atacada hizo un extraño movimiento, que un pirata interpretó mal. En consecuencia, el pirata usó su pistola y el viajero quedó fulminado.

A Lyra de Thurm le impresionó muchísimo la muerte del infeliz pasajero. Además de enfurecerla, claro.

—¡Dije que era preciso respetar a toda costa las vidas humanas! —gritó, una vez de vuelta en la «Zig»—. No es lo mismo dar un golpe en un cráneo, para atontar a una persona, que matarla. Lo primero tiene remedio, lo segundo no lo tiene.

—¿Y qué quería que hiciese? —contestó el pirata, de mal humor—. A mí me pareció que el tipo iba a sacar un arma. Luego resultó que no la tenía. Pero, ¿y si la llega a tener? Uno no puede dejar la iniciativa al adversario, ¿verdad?

—A pesar de todo...

—A pesar de todo, está hecho ya. ¿Qué quiere, que me eche a llorar?

Los ojos de Lyra fulguraron de un modo extraño.

—Sharron, voy a despedirte —anunció.

EÍ pirata hizo una mueca de rabia.

—Usted no puede hacer eso, maldita sea —contestó.

—¿Quién te ha dicho que no puedo hacerlo? —exclamó ella—. Soy la propietaria de la astronave, además de tu jefe, y contrato y despido á quien me parece, cómo, dónde y cuándo me parece. ¿Qué te has creído, que estamos en una fábrica, con sindicatos, seguros sociales, tribunales de trabajo y demás? Cuando te alistaste en la «Zig» sabías que debías obedecer ciegamente mis órdenes. No lo has hecho, atente, pues, a las consecuencias.

—Pero...

—¡Basta, Sharron! ¡Abandonarás la nave en la próxima escala! ¡No quiero asesinos a bordo!

El pirata perdió los estribos y trató de sacar su pistola, pero Lyra, más rápida, tenía la suya al alcance de su mano.

Sharron se desplomó, fulminado por la descarga radiónica. Lyra inspiró con fuerza y luego se cubrió la cara con las manos.

Así la encontró Pedro Tsartsan, su segundo, momentos después.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

Lyra se levantó. Estaba muy pálida.

—Quiso matarme —explicó, sucintamente.

—Pero, ¿por qué? —inquirió el segundo.

—Le dije que estaba despedido. —Lyra se sirvió una copa—. Pedro, no quiero asesinos a bordo.

Tsartsan hizo un gesto pesimista con la cabeza.

—A la gente no le va a gustar esto, capitán —dijo.

—¡Sharron desobedeció mis órdenes! —gritó ella.

—Aunque así sea. Cometió una equivocación, pero no había para tanto, capitán.

—¿Te pones al lado de él?

—Pienso en lo que puede suceder —contestó Tsartsan, sombríamente—. Tal vez Sharron cometió un error, pero había otras maneras de formularle la advertencia.

—Le despedí. El se enfureció y quiso matarme. ¿No ves todavía la pistola en su mano?

Tsartsan la miró de frente.

—Los muchachos dirán que usted se la puso en la mano, después de haberle matado —dijo.

Lyra acabó el contenido de la copa y se encogió de hombros.

—Que piensen lo que quieran— contestó—. Lo que está hecho es ya inevitable.

—Ojala sea evitable lo que todavía está por hacer —deseó Tsartsan, con acento pesimista.

Los presentimientos de Tsartsan no se cumplieron, no se pudo evitar lo que todavía estaba por hacer.

Tres noches más tarde, varios piratas irrumpieron bruscamente en la cámara de la joven. Lyra, sobresaltada, se sentó en el lecho y les miró coléricamente.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Un motín?

—Justamente —contestó Ardiss—. Un motín. Capitán, debe saber que le hemos depuesto de su cargo y que, desde ahora, la nave es nuestra.

Lyra recorrió con la vista los rostros de los tripulantes, que formaban un semicírculo frente a ella.

Tsartsan figuraba entre los amotinados.

—También tú —dijo, doloridamente.

El segundo se encogió de hombros.

—He tratado de convencerles, pero ha sido inútil —respondió.

—Al menos, podrías haberte mantenido neutral.

—No me han dejado. Quieren que yo sea su capitán.

—Por el título que posees.

—Sí.

Los labios de la joven temblaron.

—Vais a ejecutarme —dijo.

Tsartsan hizo un gesto negativo.

—No. Simplemente, nos apoderamos de su nave.

—Y a mí me desembarcáis en...

—El lugar donde ha de ser desembarcada está ya elegido —declaró Ardiss.

Hubo un momento de silencio. Luego, Lyra, resignándose a lo inevitable, dijo:

—Al menos, dejaréis que me vista a solas.

Ardiss alargó la mano y se apoderó de la pistola de la joven.

—Sí, pero habrá de permitirnos que le quitemos los dientes..., ex capitán —dijo, con retorcida sonrisa de triunfo.

*

Los destellos del radar mostraron trazas de una astronave en las inmediaciones de la patrullera. Guildax observó los movimientos de la nave y se sintió muy preocupado.

Aquel aparato se movía por una órbita no registrada hasta entonces. A Guildax se le antojaba sumamente sospechoso.

Consultó la computadora, después de suministrarle los datos precisos. La máquina confirmó sus primeras sospechas: la astronave orbitaba fuera de las espaciolíneas marcadas para aquel sector.

Temiendo algo turbio, Guildax decidió intervenir. Sus llamadas de radio podían no ser atendidas, por lo que decidió disparar un torpedo de atención.

El proyectil salió disparado con tremenda velocidad. A un millón de kilómetros de distancia, un pequeño sol se encendió y apagó en el espacio tres veces seguidas.

Era la señal interestelar de llamada para conectar la radio, cuando había probabilidades de no ser escuchado. Aquellos fogonazos eran visibles en decenas de millones de kilómetros a la redonda.

Guildax conectó la radio, según la frecuencia adoptada para tales casos. Tomó el micrófono y dijo:

—Habla el capitán Guildax, nave patrullera «EE-6». ¡Contesten! Necesito hablar con ustedes.

Una voz irrumpió en la cámara segundos más tarde.

—Esta es la nave comercial «Technos», capitán De Vroot al mando. Le escuchamos perfectamente, capitán Guildax. ¿Puede decimos por qué llama nuestra atención?

—Están ustedes fuera de las órbitas legales —acusó el joven—. Deseo una explicación de ese suceso.

—Lo siento, capitán, pero creo que se equivoca. Tenemos pleno derecho a viajar por este sector del espacio.

—¿Es cierto eso?

—Absolutamente, capitán Guildax.

—Muy bien. ¿Le importaría que examinase su documentación?

Desearía también echar un vistazo a su nave capitán De Vroot.

—No hay inconveniente, capitán Guildax. A partir de este momento, establecemos una órbita de aproximación.

—Perfectamente. Estaré con ustedes dentro de una hora.

Sesenta minutos más tarde, Guildax examinaba los documentos que un satisfecho Wences de Vroot le tendía en su propio camarote. Guildax hubo de admitir que, en efecto, el viaje de De Vroot estaba perfectamente legalizado.

—Sí, pero aquí no se indican los motivos de ese viaje —alegó, al terminar el examen de la documentación de la astronave.

—¿Quién le ha dicho que no se indican? —rió De Vroot—. Lea, lea la casilla correspondiente. «Motivos del viaje: Comercio interestelar». ¿No le parece suficiente, capitán?

Guildax se mordió los labios.

Aparentemente, De Vroot tenía razón, pero...

—Deseo inspeccionar su nave —expresó.

De Vroot sonrió, a la vez que extendía una mano.

—Estoy a su disposición, capitán Guildax —respondió, con acento lleno de amabilidad.

Minutos después, De Vroot abría una puerta. Guildax se quedó pasmado al ver el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Estaba en la puerta de una vasta estancia, de forma alargada. A derecha e izquierda había dos dobles hileras de figuras absolutamente inmóviles, ocupando casi por completo el espacio de la sala, a excepción de un pasillo central, no demasiado amplio, lo suficiente para que los tripulantes pudieran moverse con un mínimo de holgura.

—¡Son robots! —exclamó Guildax, pasmado.

—En efecto, capitán —corroboró De Vroot con la sonrisa en los labios.

—Usted es el que vende los robots a un tercio del valor habitual en el mercado.

—Lo admito —dijo De Vroot, sin dejar de sonreír.

—Aquí hay más de doscientos...

—Doscientos sesenta, exactamente.

—A diez mil discos, suman más de dos millones y medio.

—Es usted un buen matemático, capitán.

—¿De dónde saca esos robots, señor De Vroot?

—Ah, ése es ya un asunto que no entra en la esfera de su competencia, capitán.

—¡Va a arruinar a las fábricas de robots!

De Vroot se encogió de hombros.

—Si puedo vender más barato, no veo por qué he de subir los precios —contestó, con acento de indiferencia.

—Me gustaría saber dónde tiene usted su fábrica de robots —dijo

Guildax.

De Vroot hizo un signo negativo.

—Su autoridad no llega a tanto —declaró—. Ha inspeccionado mi nave y ha podido apreciar que no llevo ningún cargamento ilegal. Eso es todo lo que puede importarle, capitán.

Guildax apretó los labios.

La ley estaba del lado de De Vroot. No podía ejercer presión sobre él, porque corría el riesgo de encontrarse en un serio compromiso ante sus superiores.

—Está bien —dijo, al cabo—. Sellaré sus documentos, para probar que ha sufrido una inspección de las patrullas del espacio.

De Vroot se inclinó cortésmente.

—El encuentro con usted, capitán Guildax, no ha podido ser más grato —manifestó.

CAPITULO V

Lyra de Thurm saltó al suelo. Un pirata lanzó por la escotilla un par de bultos que contenían su equipaje.

—Dentro hay un rifle antiguo y municiones —anunció Tsartsan—. Es todo lo que he podido hacer por usted.

Lyra apretó los labios.

—Este es un mundo desierto —alegó.

—Precisamente por eso la hemos desembarcado aquí —rió Ardiss, desde la escotilla.

La joven ya no quiso decir nada. ¿Para qué?

Sus súplicas serían desatendidas. Era inútil rogar una piedad que no iban a tener con ella.

Ardiss volvió a reír. Luego, cerró la escotilla.

La nave auxiliar empezó a elevarse para regresar a la «Zig». Lyra la vio elevarse con lágrimas en los ojos.

De repente, se dio cuenta de que un objeto se desprendía del vientre del aparato.

La cosa cayó entre unos arbustos. Lyra corrió a recoger aquel objeto.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Tsartsan había sido siempre un leal subordinado. Ahora acababa de demostrárselo, dejándola una radio de llamada automática de socorro.

No obstante, antes de ponerla en funcionamiento, debía esperar a que la «Zig» se hubiese alejado lo suficiente para que no pudiera captar los SOS que el emisor lanzaría a intervalos regulares.

Era preciso evitar todo riesgo al fiel Tsartsan. Pero entonces le asaltó una duda.

¿Quién acudiría a sus llamadas?

Lyra permaneció irresoluta más de cuarenta y ocho horas. Al fin, llegó a una conclusión.

Tenía una colosal fortuna. Toda nave que captase un SOS espacial estaba obligada a acudir en socorro del autor de la llamada.

Emplearía una buena parte del dinero que tenía en cerrar algunas bocas comprometedoras, decidió, finalmente.

Y ya resuelta a abandonar aquel planeta deshabitado, desplegó la antena del transmisor y presionó el botón de puesta en funcionamiento.

*

El locutor de noticias leyó:
—Los piratas del espacio han dado un nuevo golpe, asaltando la astronave de pasajeros «Malcolm Mallory», apoderándose de un inmenso botín y causando diecinueve víctimas, de las cuales once son pasajeros muertos por sus disparos. Las patrullas del espacio han recibido orden de redoblar su vigilancia y...
Guildax dejó de escuchar una noticia que ya se sabía de memoria. Pero no lo hizo porque ya la conociera, sino porque en el panel de mandos de la nave acababa de percibir el centelleo de una lámpara roja, acompañado de una serie de tañidos muy rápidos y seguidos.
—¡Un SOS espacial! —exclamó.
Empezó a manejar los instrumentos de detección y localización. Minutos más tarde, conocía la posición del emisor.
Una vez localizado el supuesto náufrago, conectó la radio subespacial y lanzó un mensaje:
—Habla el capitán Guildax, nave de patrulla «EE-6». Acabo de captar un SOS espacial en coordenadas ND-S2. Me dispongo a acudir en socorro del náufrago. Informaré. Eso es todo.
Guildax cerró el contacto y luego encendió los motores ultrarrápidos. La patrullera se deslizó por el espacio a una velocidad cercana a la de la luz.
Una esfera azulada apareció en su pantalla pocas horas más tarde. Los instrumentos de examen le indicaron que era un planeta habitable. Estudió su posición en la carta estelar y supo que era el llamado Fardhawee, un mundo deshabitado, si bien situado en la lista de los astros colonizables, lo que se haría, según sus noticias, un siglo más tarde, cuando las necesidades de espacio impulsaran a la emigración a los habitantes de otros planetas.
Guildax describió una órbita completa en torno a Fardhawee. Luego, guiándose por los destellos del emisor de radio, perdió altura y acabó aterrizando en las inmediaciones del supuesto naufragio.
Una vez que la patrullera se hubo detenido, Guildax saltó a tierra. Alguien salió a su encuentro.
Guildax y Lyra se contemplaron con recíproco asombro.
—¡Usted! —dijo ella.
—¡Lyra de Thurm! —exclamó Guildax. Y luego, rehaciéndose en parte, preguntó—; ¿Debo llamarla mejor Wania Lerd?
Lyra apretó los labios.
—No creo que el nombre importe demasiado ahora —contestó.
—A mí sí me importa, señora. Creo que tiene la suficiente memoria como para recordar mi nombre y grado.
—En efecto, capitán, le recuerdo perfectamente.
Los ojos de Guildax examinaron con atención el transmisor que se hallaba a unos pasos de distancia.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

Lyra se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—Es raro —dijo él—. Usted mandaba la nave pirata...

—Ya no soy el capitán de la «Zig» —declaró Lyra.

—¿Por qué?

—Se amotinaron contra mí y me abandonaron en este planeta desierto.

—¿Un motín? —sonrió Guildax.

—Sí, en efecto.

—¿Por qué?

Lyra vaciló.

—¿Tiene miedo de contarme lo que pasó? —preguntó él.

—No —se decidió la joven—. Asaltamos una astronave y uno de mis subordinados mató a uno de los pasajeros. Se lo reproché más tarde y el hombre trató de matarme. Yo me anticipé a él.

—Ya los demás, por lo visto, no les gustó su hazaña.

—En efecto, capitán.

—Lo siento, señora... ¿O debo llamarla señorita?

Lyra se encogió de hombros.

—Soy soltera —declaró.

—¿Tan bella y soltera?

—A los hombres no les gustan las mujeres con defectos físicos —respondió Lyra, con acento envarado.

—Pero ese parche sobre el ojo no es sino pura coquetería...

—¡Por favor! —rogó ella, con voz crispada.

—Lamento haberla enojado —se disculpó Guildax—. Ahora, de todas formas, debo cumplir con mi deber.

—Va a llevarme arrestada.

—En efecto. Lo siento, pero no puedo obrar de otro modo.

Lyra suspiró.

—Imagino que sería inútil intentar establecer un trato con usted —dijo.

Guildax sonrió.

—Si se trata de un soborno, olvídelo —aconsejó.

—Ya me lo figuraba. Se dice que los hombres de las patrullas del espacio son incorruptibles.

—A veces, se producen excepciones, pero son las menos. Conmigo, en ese aspecto, no ha tenido suerte, señorita de Thurm.

—Más bien ha sido desgracia —murmuró ella.

—¿Hubiese preferido seguir viviendo sola en este planeta abandonado?

—Siempre será una vida mejor que la que llevaré en lo sucesivo en una penitenciaria, perdida tal vez en un remoto asteroide.

Guildax se encogió de hombros.

—Yo no he sido el autor de los asaltos a pacíficas naves comerciales —respondió—. ¿Vamos?

Lyra vaciló un momento. Luego, decidiéndose al fin, avanzó hacia la patrullera.

Con el pie en el primer peldaño de la escalerilla de acceso, se volvió hacia el policía y le preguntó:

—Capitán, en su opinión, ¿cuál es la pena que puede corresponderme por mis delitos?

Guildax la miró gravemente.

—Cadena perpetua, señorita Thurm —contestó, sin rodeos.

Lyra palideció. Luego, sin pronunciar una sola palabra, entró en la nave.

Era su primer paso hacia la penitenciaría donde había de permanecer recluida durante el resto de sus días.

CAPITULO VI

Pedro Tsartsan se sentía abrumado.

—¡No, Kent, no! —se lamentó—. Esto no es lo acordado...

—¿De qué te quejas? Cada golpe que asestamos, nos proporciona un fabuloso botín...

—A costa de las vidas de unos inocentes, que no tienen la menor culpa de lo que pasa.

Ardiss se encogió de hombros.

—Mala suerte para ellos —respondió, fríamente.

—Si nos atrapan, acabaremos en la horca —se lamentó Tsartsan.

—¡Qué anticuado eres! —rió Ardiss—. Ahora ya no se ahorca a los piratas, Pedro.

—No, claro que no; sólo los meten en una cámara desintegradora. Por lo demás...

—Bueno, pero, ¿de qué diablos te estás quejando? Ya sabías lo que podía suceder cuando te uniste a nosotros, así que deja ya de verter lágrimas. Te guste o no, no tienes más remedio que seguir adelante, Pedro.

Los dos hombres hablaban a solas en la cámara del capitán, ahora ocupada por Tsartsan. De pronto, sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Pase! —dijo Tsartsan.

La puerta se abrió. Un hombre asomó la cabeza.

—Señor Ardiss, ¿puedo hablar unos momentos a solas con usted? —consultó.

—Por supuesto, Lenner —accedió el interpelado—. Me disculpas, ¿verdad, Pedro?

Ardiss abandonó la cámara. Tsartsan quedó solo, abandonado a sus tristes pensamientos.

Ardiss regresó minutos más tarde. Sus ojos brillaban de furor y en la mano derecha tenía una pistola.

—¡Traidor! —rugió, lívido de ira.

Tsartsan se puso en pie.

—¡Kent! ¿Qué diablos te ocurre? —gritó.

—Ocurre, sencillamente, que Lyra ha sido rescatada. Pero no la ha rescatado cualquiera, sino un oficial de las patrullas del espacio, el capitán Guildax, para más señas. Eso sería lo de menos, si se tratase de un caso accidental, pero resulta que Guildax rescató a Lyra porque captó sus señales de socorro. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Espera, Kent, deja que te explique...

—¡No hay nada que explicar! —aulló Ardiss. Y apretó el gatillo.

El cuerpo de Tsartsan se retorció epilépticamente al recibir la

descarga radiónica. Cayó al suelo, estremeciéndose aún débilmente.

Furioso, Ardiss liberó otra descarga. Era ya inútil, porque Tsartsan estaba muerto.

Ardiss procuró recuperarse. Luego, se acercó al interfono y movió la palanca de contacto general.

—¡Habla el segundo Ardiss! —dijo—. A partir de este momento, y por fallecimiento del capitán Tsartsan, me hago cargo del mando de la astronave.

*

—Las acciones de las empresas fabricantes de robots continúan perdiendo valor. Aunque los precios de sus productos han sido sustancialmente rebajados en los últimos meses, la empresa De Vroot y Compañía continúa lanzando al mercado sus robots, acaso tal vez menos atractivos exteriormente que los conocidos hasta ahora, pero en ningún modo menos eficientes. Su precio, sustancialmente reducido, hace que tengan una gran demanda por parte del público y...

El locutor dio otras noticias momentos más tarde.

—Las depredaciones de los piratas del espacio continúan en aumento. Lo que hace un par de años parecía ser una especie de simpático movimiento de rebeldía, se ha convertido hoy en una sanguinaria serie de asaltos y asesinatos, a la que las autoridades no parecen capaces de poner fin. En el último de sus delictuosos ataques, los piratas, aparte de hacerse con un valioso botín, asesinaron a seis tripulantes y doce pasajeros de la nave asaltada...

—Os están poniendo verdes —dijo el teniente Frangi, después de cerrar el receptor de televisión.

Guildax hizo una mueca.

—Había un plan para atraparlos, pero me lo rechazaron —contestó.

—Requerir la ayuda de Lyra de Thurm, ¿no?

—En efecto.

—¿Crees que lo conseguirás con ella?

—Estoy seguro, Frangi.

—La verdad, no comprendo entonces por qué no aceptan. A fin de cuentas, esa chica no cometió ningún asesinato.

—Ya lo sé, pero los jefazos no quieren ni oír hablar de ese plan —respondió Guildax, malhumoradamente.

—Lyra conoce todos los escondites de la banda —aseguró Frangi—. De cuando en cuando, es decir, entre golpe y golpe, los piratas se retiran a disfrutar de sus ganancias. Antes, también lo hacían.

—Y siguen haciéndolo, Frangi. Tú sabes que hay asteroides y

planetoides fuera de control policial, en los que, según la ley, no se puede intervenir.

—Hay, al menos, una docena, y todos ellos son refugio de asesinos, ladrones y maleantes. La ley es demasiado respetuosa con esos nidos de víboras, Juan.

—Pero es la ley y nosotros estamos obligados a hacerla cumplir sin que podamos violarla. Bien, gracias por tu taza de café y…

El zumbador del interfono sonó en aquel momento. Frangi se inclinó hacia adelante y dijo:

—Despacho del teniente Frangi. ¿Qué sucede?

—Señor, ruego comunique al capitán Guildax que debe presentarse inmediatamente en el despacho del coronel Fagus —dijo una voz femenina.

—Muy bien, Rita; se lo diré de inmediato.

Frangi se volvió hacia su amigo.

—¿Has oído, Juan?

—Sí. —Guildax se puso en pie—. Ahora mismo iré, aunque no me imagino para qué diablos me llama.

—Yo te lo diré, Juan —sonrió el teniente—. Esa llamada está relacionada con los piratas del espacio.

—Es posible que tengas razón —convino Guildax, pensativamente.

«Una nueva misión en puertas», se dijo, mientras recorría los pasillos del edificio.

Y en esta ocasión, no iba a gozar de ninguna clase de facilidades, sino que, a menos que anduviese con el ojo bien abierto, podía dejarse el pellejo en la empresa.

*

Lyra de Thurm escuchó atónita la narración que le hacía su visitante en el locutorio de la penitenciaría en que cumplía su condena.

—Pero…, ¡eso es increíble! —exclamó, cuando el abogado Thaddan hubo terminado de hablar.

Marcus Thaddan le tendió un grueso sobre, lleno de papeles.

—Aquí tiene los documentos que demuestran sus derechos a la propiedad —dijo—. Todo está en orden y absolutamente legitimado, señorita Thurm.

—Papá no me habló nunca de este asunto —dijo Lyra.

—A eso ya no le puedo responder yo, señorita —manifestó el abogado—. Sólo sé que su padre nos encomendó sus documentos en el testamento, que fue abierto hace tan sólo unos días, al recibir la noticia oficial de su muerte.

—Pobre papá —masculló ella, melancólicamente—. Siempre fue

un espíritu inquieto y aventurero; nunca pudo permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, sobre todo, desde que se quedó viudo, cuando yo tenía unos pocos años...

—Bien —dijo Thaddan—, por mi parte, es todo cuanto tengo que decirle, señorita. Lo único que siento es que no pueda disfrutar de su propiedad..., pero no debe desesperar. Quizá un día consiga la revisión de su caso o se promulgue algún indulto...

Lyra hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Fui una pirata y el juez decidió que debía dar un escarmiento —contestó—. Aquí estaré hasta que me muera.

Thaddan no dijo nada.

Lyra tenía razón. La condena de reclusión perpetua era firme y nada podría aliviarla.

Sin embargo, tanto Lyra como el abogado estaban equivocados.

*

Lyra se sorprendió muchísimo de ver a un conocido en el locutorio, días después de la visita del abogado Thaddan.

—¿Ha venido a burlarse de mí, capitán? —preguntó, con los labios muy prietos.

Guildax contempló a la joven unos momentos, antes de empezar a hablar.

El impersonal mono de uniforme, de color gris, no era suficiente para ocultar las rotundas curvas de su cuerpo joven y bien formado. Sobre el seno izquierdo había una tira de tela, con una inscripción: «Penitenciaría Interestelar número 6». El número de serie estaba en la espalda del uniforme carcelario.

—No —contestó Guildax, al cabo—. Jamás me he burlado de un delincuente al cual haya arrestado; en todo caso, me he compadecido de él.

—No necesito su compasión para nada, capitán —respondió Lyra, acremente—, y de haberme enterado de que la visita era usted, no hubiera acudido al locutorio.

—Por eso mismo le dije al director de la penitenciaría que ocultase mi nombre —sonrió el policía—. Pero, siéntese, por favor; tenemos que hablar.

Lyra vaciló, pero acabó por acceder.

—¿Qué es lo que quiere de mí, capitán? —preguntó.

Guildax sacó un sobre alargado del interior de su chaquetilla de uniforme y lo puso sobre la mesa.

—Su indulto, Lyra —anunció.

Ella le miró con ojos desorbitados.

—¡Está de broma, capitán! —exclamó.

—No, no es una broma. Se trata de un indulto total, pero condicionado. Entrará en vigor en el momento en que se considere que su misión está concluida satisfactoriamente.

Lyra entornó los ojos.

—Ya me parecía a mí —dijo—. Ustedes, los policías, no dan nada a cambio de nada.

—En la situación en que nos encontramos, necesitamos de usted, ésta es la verdad —dijo Guildax, impasible.

—¿Para qué me necesitan?

—Usted tiene ahora veinticinco años. Le quedan ochenta, noventa, tal vez cien de cárcel. Para su condena, no habrá indultos ni rebajas por buena conducta, Lyra.

—Lo sé —admitió ella—. Pero no quiero que me pida nada que vaya contra mi dignidad personal.

—Lyra, cuando una persona tiene ante sí la perspectiva de un siglo de cárcel, deja que su dignidad se arrastre por los suelos todas las veces que sea necesario.

—Pero yo no…

—Usted, sí —afirmó Guildax, con dureza—. Usted saldrá libre, si promete ayudarme incondicionalmente.

—¿A qué? ¡Todavía no me lo ha dicho! —gritó ella.

—Tenemos que detener la carrera de crímenes a que se han lanzado sus antiguos subordinados. Por eso necesitamos que nos ayude.

Lyra vaciló un momento.

—Tiempo atrás, ellos eran…

—Eran unos piratas, siguen siéndolo y, además, ahora son unos asesinos. Es preciso acabar con ellos, Lyra.

—Y a cambio, me concederán el indulto.

—En cuanto hayamos destruido la banda de la «Zig».

—Y quedaré libre.

—Absolutamente libre.

Lyra reflexionó un momento.

De pronto, soltó una estridente carcajada.

—¿De qué se ríe? —preguntó Guildax, asombrado.

—Tiene gracia —contestó ella—. Hace cuatro días vino a verme el abogado de mi padre y a hacerme entrega de su testamento.

—Oh, no lo sabía.

—Por supuesto, capitán. ¿Sabe que soy inmensamente rica?

—No me extraña. Después de tantos abordajes…

—No diga tonterías. Los amotinados se quedaron con buena parte de mi fortuna. Ahora soy rica por herencia.

—Ah, una buena noticia. Y, ¿qué es lo que ha heredado, si puede saberse?

Lyra le dirigió una aguda mirada.

—Capitán, ¿me jura usted que seré libre en cuanto hayamos terminado la misión?

El índice de Guildax se apoyó en el sobre que yacía encima de la mesa.

—Está aquí escrito, firmado y rubricado por el hiperministro de Justicia —contestó.

—Muy bien. En tal caso, acepto. ¿Cuándo empezamos?

—Le he traído ropa de calle —sonrió él—. Pero todavía no me ha dicho qué es lo que ha heredado, Lyra.

Ella también sonrió.

—Lo que menos podría esperarme, capitán. He heredado un planeta —declaró.

CAPITULO VII

—Bueno, muchachos —dijo Ardiss—, es hora de empezar la diversión. Hay dinero en abundancia, así que, ¿a qué esperamos?

Un coro de aullidos de júbilo fue la respuesta a sus palabras. En confuso y alborotado tropel, los tripulantes de la «Zig» se precipitaron hacia la puerta de la taberna.

Gritos de alegría saludaron su llegada. Abundaban las mujeres jóvenes y bonitas, y todas ellas sabían que los hombres de la «Zig» disponían de dinero en abundancia.

El vino y los licores empezaron a correr de inmediato. Ardiss, sentado a una mesa, con alguno de los más conspicuos, sonreía complacido.

Un hombre se le acercó de pronto. Era el dueño de la taberna.

—Capitán Ardiss, tengo un mensaje para usted —anunció.

Ardiss le miró con expresión suspicaz.

—¿Qué pasa, Borgus? —preguntó.

—Un hombre le espera en el reservado número siete —contestó el dueño del local—. Quiere hablar con usted. Dice que es muy interesante.

—¿Y por qué no viene él aquí a hablar conmigo? —gruñó el pirata.

Borgus se encogió de hombros.

—Yo ya le he transmitido el recado, capitán —respondió—. Aceptar o no es cosa suya, pero el tipo me dijo que se trataba de un asunto de mucho dinero. Muchísimo dinero —recalcó.

Ardiss se puso en pie.

—Iré —dijo—. Por tu bien, Borgus, espero que no se trate de un truco de mala ley, porque luego te despellejaría vivo, ¿entiendes?

Borgus emitió una risita de conejo.

—Soy incapaz de engañar al mejor de mis clientes —respondió, aduladoramente.

Ardiss contestó con un bufido. Dijo a sus acompañantes que volvería enseguida y luego se dirigió hacia las escaleras que comunicaban la sala con el primer piso de reservados.

Buscó la puerta número siete. Abrió con la mano izquierda; la derecha estaba apoyada en la culata de su pistola.

Un hombre le miró desde el otro lado de una mesa en la que había una botella y dos vasos. Era un sujeto de rostro agudo y mirada fría y desapasionada, vestido con ropas corrientes.

—Entre, capitán —dijo—. No tema, no voy a tenderle ninguna trampa.

—No sería yo quien peor lo pasara —declaró Ardiss fríamente, mientras cerraba la puerta—. ¿Quién es usted y qué quiere de mí?

—Mi nombre es Vevrom, pero no me diga que es un seudónimo, porque yo soy el primero en reconocerlo. De todas formas, para usted es un nombre que debe ser suficiente. ¿Quiere beber, capitán?

—No, gracias, ya lo haré más tarde, allá abajo. Ahora, dígame de una vez qué es lo que quiere.

—Un trato, capitán. Quiero establecer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Ardiss, desconfiadamente.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la nave «Technos»?

—No, nunca, señor Vevrom.

—La manda un tal capitán De Vroot. Transporta robots. Quiero que acabe con sus actividades.

Ardiss puso un Pie sobre uno de los taburetes que había en la estancia y contempló de hito en hito a su interlocutor.

—¿Por qué quiere que acabe con la «Technos»? —preguntó.

—Se lo diré claramente —respondió Vevrom, sin perder la calma un solo instante—. Represento al Sindicato de Fabricantes de Robots. Vamos a pagarle veinticinco millones por la destrucción de la «Technos», eso es todo.

Ardiss soltó una leve risita.

—He oído hablar de robots perfectísimos a un tercio de los que se venden corrientemente en el mercado. Ustedes quieren acabar con esa competencia —manifestó.

—Exactamente —confirmó Vevrom, sin pestañear.

—Y me pagarán veinticinco millones cuando yo haya destruido a la «Technos».

—En efecto.

—¿Qué hacemos con la tripulación? La humana, por supuesto.

Vevrom se encogió de hombros.

—Eso no me interesa en absoluto —respondió.

—Entiendo. ¿Cómo se hará el pago, señor Vevrom?

Vevrom extrajo un rectángulo de papel metalizado y lo partió en dos mitades, entregando una al pirata.

—Venga a verme cuando haya acabado con la «Technos» —contestó—. Le daré la otra mitad sin más trámites.

—Los cheques no me gustan —refunfuñó Ardiss.

—Acaso otro lo haría por la mitad de ese dinero.

—Quizá, pero no resultaría.

—Eso han temido mis representados, y por eso me enviaron a hablar con usted. De todas formas, si no acepta, ese medio cheque que tiene no le servirá de nada, ni a mí tampoco el otro medio. El Banco Interestelar número doce sólo paga cheques completos.

Ardiss vaciló un momento. Luego, preguntó:

—¿Hay algún plazo para ejecutar el plan?

—Se encarece la brevedad, pero más aún, una perfecta realización —dijo Vevrom.

—Entiendo. ¿Cómo podré recoger el otro medio cheque?

—Venga aquí y espéreme, capitán. Después de que se anuncie la destrucción de la «Technos», no tardaré yo mucho en llegar.

—Entendido. Sólo le voy a dar un consejo, señor Vevrom.

—¿Sí, capitán?

—No me engañe. No viviría mucho para contarlo.

—Amigo Ardiss, en esta clase de negocios no puede haber engaño por ninguna de ambas partes. El sindicato está acostumbrado a realizar toda clase de negocios discretos, sin que sus miembros hayan abierto la boca jamás acerca de métodos penados por el código. Menos que a usted nos convendría el engaño, ¿comprende?

Ardiss sonrió.

—Celebro su punto de vista. —Quitó el pie del taburete y añadió —: Hemos llevado una campaña un poco agitada. Mis hombres quieren un poco de esparcimiento y debo concederles, por lo menos, dos semanas.

—Es un deseo muy natural —aprobó Vevrom—. Suerte, capitán.

Ardiss hizo un ligero gesto con la mano izquierda. Guardó la mitad del cheque y salió del reservado.

En el corredor se detuvo un momento.

—Destruir una nave que transporta robots —murmuró.

Estuvo así unos instantes. Luego, de repente, se echó a reír.

—Sí, sería un buen negocio —convino consigo mismo.

*

—Esta nave no es una patrullera —dijo Lyra.

Guildax sonrió.

—¿Quiere que lo vayamos anunciando por ahí a bombo y platillo? —contestó, intencionadamente—. Usted se ha evadido de la penitenciaría y yo le he ayudado a escapar.

Lyra hizo un signo negativo.

—Ese plan fracasará —auguró.

—¿Por qué? —preguntó Guildax.

—Mire, capitán, no recurra a trucos ingenuos y pasados de moda. En los sitios donde pueden estar mis antiguos subordinados me conocen a mí de sobra. Todo el mundo sabe que usted no ha pertenecido jamás a la tripulación de la «Zig». Por tanto, recelarán de usted y de mí inmediatamente.

—Muy bien. Demos ahora la vuelta al asunto. A usted se le amotinaron los tripulantes, ¿no es eso?

—Efectivamente.

—Muy bien. Yo soy ahora un caballero particular al que usted contrató para ayudarla a evadirse de presidio y a vengarse de sus antiguos subordinados.

Lyra vaciló un instante.

—Ese plan queda algo mejor —admitió, al cabo.

—¿Lo ve? —sonrió Guildax—. Vamos, suba ya.

Lyra penetró en la astronave.

—Es la primera vez que pongo el pie en una nave de la policía —confesó.

—No mienta —contestó él—. Es la segunda vez.

Ella se sonrojó vivamente.

—Sí, es cierto; había olvidado que usted me rescató —dijo. Paseó la mirada por el interior del aparato—. No parece en absoluto una nave de la policía.

—Lyra, en todas las épocas y lugares, la policía ha utilizado siempre los más variados vehículos. ¿Por qué ahora, en pleno siglo XXIV, íbamos a hacer las cosas de diferente manera? En lugar de caballos o automóviles, utilizamos astronaves, eso es todo.

—Tiene usted razón, capitán.

—Después de que hayamos despegado, le enseñaré el interior —dijo Guildax—. Pero antes tiene que indicarme el rumbo. ¿Hacia dónde despegamos?

Lyra meditó unos instantes. Después, respondió:

—Iremos a Eueneii en primer lugar. Es muy probable que allí encontremos ya rastros de la «Zig» y su tripulación.

CAPITULO VIII

—Hay una cosa que todavía no he conseguido explicarme —dijo Guildax, una semana más tarde, mientras orbitaba en, torno al asteroide que era su punto de destino.

Lyra estaba sentada junto a él. Tenía un espejito en la mano izquierda, con la ayuda del cual se retocaba los labios.

—¿Qué es, capitán? —preguntó.

—El atentado que sufrió usted en el Hipergalaxy. ¿Por qué querían matarla?

—No lo sé. —Lyra se encogió de hombros—. Respecto a ese asunto, estoy tan bien informada como usted, capitán.

—¿No sería obra, tal vez, de Ardiss?

—¿Por qué iba a hacerla? Me tuvo a su disposición, lo mismo que Tsartsan. Pudieron haberme matado entonces, pero se limitaron a dejarme abandonada en un planeta deshabitado.

—Eso sí es verdad —convino Guildax, pensativamente—. Pero no cabe la menor duda de que el atentado estaba dirigido contra usted y no contra otra persona.

Lyra hizo un gesto de indiferencia.

—Yo ya he dejado de pensar en ello, capitán —respondió.

—Lyra, voy a darte un consejo —dijo él.

—¿Sí, capitán?

—Nada de capitán en lo sucesivo. Juan, y tutéame. Sólo faltaría que fueses por Eueneii diciendo a derecha e izquierda: «Sí, capitán; no, capitán... » ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, capitán... Digo, sí, Juan.

—Así está mejor. —Guildax la miró de reojo—. ¿Por qué no usas gafas de color oscuro, como en el Hipergalaxy?

—Allí quería pasar desapercibida —contestó Lyra.

—¿Te gusta más el parche?

—¡Por favor! ¿Quieres dejar de hablar de este asunto de una vez? —rogó ella, exasperadamente.

Guildax guardó silencio y se aplicó a la maniobra de aterrizaje. Debía hacerlo con gran cuidado, pues en Eueneii no había torres de control ni cosa parecida. Cada astronauta que disponía de una nave aterrizaba y despegaba como y cuando le parecía y en el lugar más adecuado a las propias necesidades.

Eueneii era un asteroide de menos de mil kilómetros de diámetro, situado fuera de los límites de la Liga de Sistemas Solares. Un núcleo central de una densidad extraordinaria, le proporcionaba una gravedad casi normal, lo que, además, le permitía retener una

envoltura atmosférica respirable sin necesidad de máscaras ni escafandras.

—Tú conoces bien Eueneii —dijo Guildax, en el momento de aterrizar—. ¿Dónde nos alojaremos?

—El mejor hotel es el Extra-Palace, pero te vaya dar un consejo: duerme con los ojos abiertos.

Guildax se echó a reír.

—Eso es algo en lo que tengo mucha práctica —contestó.

*

La anarquía era absoluta en la única ciudad habitada del asteroide: anarquía urbanística, anarquía en la indumentaria de sus habitantes y anarquía en su comportamiento.

Sólo se exigía una cosa a los visitantes del asteroide, asiduos o no: un absoluto respeto a los comerciantes establecidos en él. Por lo demás, la libertad era absoluta.

Guildax esperó a Lyra en el bar del hotel. La joven bajó minutos después, ataviada con un vestido rojo de fascinante escote, sin espalda, largo hasta los tobillos y abierto enteramente por uno de los costados, desde la cintura.

—Encantadora —aprobó él—. El detalle del parche, sobre todo, es magnífico.

Lyra le sacó la lengua en son de burla.

—Si el vestido es rojo, ¿por qué no iba a ponerme un parche también rojo? —contestó.

—A mí me gustaría saber si lo hace por coquetería.

—Tú, ¿qué crees? —sonrió ella.

Guildax se encogió de hombros.

—Me gustan todas las modas, menos las incómodas —respondió—. Y un parche sobre un ojo, se mire como se mire, que eso no es mirar, resulta siempre incómodo. En fin, ¿a dónde nos dirigimos?

—El Ghermar es el sitio donde mejor podrán damos detalles de la «Zig» —contestó ella—. El dueño me conoce mucho.

—Será por el dinero que le habrás dejado.

—Hubo un tiempo en que yo era bailarina en su local. Tenía mucho éxito, créeme.

—No me lo jures. Con esa silueta, lo raro sería que no lo hubieras tenido.

Lyra se sonrojó ligeramente. Salieron a la calle y caminaron a pie, sorteando la abigarrada multitud que pululaba por todas partes.

La ciudad no era excesivamente grande. Un cuarto de hora más tarde, entraron en el Ghermar.

Un tragafuegos demostraba sus habilidades en el escenario de la

taberna. Mujeres jóvenes y hermosas se movían entre la concurrencia.

Guildax conocía bien aquellos ambientes. Había ladrones, asesinos, tahúres, desertores y sujetos de otras razas galácticas, con figuras de pesadilla. Pero a nadie le importaba la figura o el color de la piel, con tal de que tuviese dinero para pagar sus caprichos o sus diversiones.

Guildax pudo alcanzar una mesa. Una camarera de senos pomposos se acercó al momento y le miró con sonrisa incitante.

—¿Qué les sirvo, pareja? —preguntó.

—Champaña —pidió Lyra—. Natural y no duplicado. —bajó la mano y arreó a la camarera un feroz pellizco en su muslo izquierdo—. Oye, gorda, olvida a este hombre que viene conmigo o te pondré la cara tan hinchada como la tripa de Kirt, ¿estamos?

La camarera lanzó un aullido y luego se alejó más que a la carrera. Guildax se echó a reír.

—Tienes un genio de mil demonios —comentó.

Lyra se puso un cigarrillo entre los labios.

—Tengo que desempeñar mi papel, ¿no? Anda, dame fuego.

—Yo no fumo, Lyra —dijo él.

—Ah, sí, olvidaba que eres un puritano capitán de policía. Bueno, lo mismo da; otro me encenderá el cigarrillo.

—Fumar no es costumbre en nuestros mundos, Lyra.

—Aquí no se observan leyes ni costumbres, métetelo en la cabeza de una vez.

La camarera llegó en aquel momento con la botella y dos copas. Sirvió y se marchó, no sin echar una furibunda mirada a la joven.

—Está enojada contigo —dijo Guildax.

—No presumas, no es por ti, sino porque la he llamado gorda. Ah, ahí tienes un tipo conocido, a dos metros detrás de la hebilla de tu cinturón —exclamó ella, mordazmente.

El dueño de la taberna se detuvo junto a la mesa.

—Lyra, es un placer saludarla —dijo.

—Gracias, Kirt; también yo me alegro de verle a usted, aunque sea por etapas.

El obeso individuo lanzó una estruendosa carcajada, que agitó su enorme vientre con temblores de terremoto.

—Usted siempre de tan buen humor, y más ahora, después de haber conseguido escapar de la cárcel —contestó.

—Me ayudó este buen mozo. Kirt, te presento a Juan. Él es el mayor propagandista de la Liga contra el Alcohol.

—Pero si aquí no se sirve una gota de agua —protestó Kirt.

—Porque la da mezclada a partes iguales con el vino —contestó ella, riendo—. Siéntese, Kirt; quiero hablarle.

El gordo tomó una silla y se sentó muy despacio.

—La mía está reforzada. No sé si ésta resistirá —sonrió—. ¿De qué se trata, Lyra?

—Kirt, usted ya sabe lo que me pasó a mí en la «Zig».

—Es de dominio público, Lyra.

—Aquellos bergantes se me amotinaron. Por lo menos, quiero recobrar la nave.

—Comprendo, pero ha errado el golpe. Ardiss y los suyos no han estado en Eueneii desde la última vez…, y usted mandaba todavía la nave.

Lyra suspiró.

—He perdido el tiempo —dijo.

—Tal vez los encuentre en el Kok-o-Kuk —sugirió el tabernero.

—Tendré que ir a preguntar allí. Gracias de todos modos, Kirt.

—A su disposición siempre, ya sabe. Y si un día se encuentra en un apuro, no olvide que en mi local tendrá un puesto. Todavía hay muchos que se acuerdan de usted.

Ella sonrió.

—Gracias, Kirt. —Tomó un sorbo de vino y se puso en pie—. Tendrán que dispensarme un momento; voy al tocador.

Lyra se alejó. Los dos hombres volvieron a sentarse.

—Lástima de chica —dijo Kirt, con acento apesadumbrado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Guildax.

—¿Es que no lo ve? El ojo, hombre, el ojo.

—¿Tiene algún defecto?

—Juan, ¿por qué se cree que lleva ella el parche?

Guildax se encogió de hombros.

—Nunca ha querido decírmelo —contestó.

—¿Y usted la ayudó a fugarse? —se asombró Kirt.

—Me pagó bien y acepté.

—Ah, claro… Bueno, a Lyra le falta el ojo izquierdo.

Guildax respingó.

—Entonces, ¿no es coquetería? —dijo, asombrado.

—¡Coquetería! —bufó Kirt—. Se lo sacó un rufián de una cuchillada, para vengarse de sus desdenes. Estaba loco por ella y Lyra lo envió al diablo mil veces. Cuando fue a verla la vez mil y una, y ella insistió en sus negativas, sacó su navaja y le tiró un viaje al globo ocular, partiéndoselo como si fuera una naranja.

Guildax se estremeció.

—Un tipo salvaje —comentó.

—Sobre cuyo cuerpo tuve yo el placer de estar sentado hasta que murió asfixiado —dijo Kirt—. Entonces ya pesaba ciento setenta kilos. No duró mucho, de todas formas —añadió, con indiferencia—. Una bonita fachada, pero nada más.

—Lo siento, Kirt.

—Pero ella, con parche o sin parche, sigue siendo la más guapa de todas. Cuando bailaba en mi escenario, había que hacer cola para entrar en la taberna.

Lyra volvió en aquel momento. Sonrió, disculpándose:

—Lamento haberles hecho esperar...

De súbito, dejó de sonreír. Guildax apreció que ella tenía la vista fija en un determinado punto de la sala.

—¡Lyra! ¿Qué te sucede? —exclamó.

—Juan, si mi memoria no me falla, estoy viendo al tipo que quiso asesinarme en el Hipergalaxy.

CAPITULO IX

Guildax fue a levantarse, pero Kirt extendió la mano.

—Quieto, Juan —dijo—. No espantes la pieza. Lyra, ¿quiere señalarme al tipo?

Ella se sentó.

—Está sentado cuatro mesas a tu izquierda, junto con una mujer de raza orionita —indicó.

Kirt no pestañeó siquiera.

—Lyra, usted conoce mi despacho. Vaya allí con Juan y esperen —dispuso—. Si quieren beber más, allí tienen botellas.

—Gracias, Kirt. No has preguntado por qué quiso matarme el tipo.

—Jamás hago preguntas cuando tratan de hacer daño a un amigo mío —contestó el dueño del local—. Vamos, levántense y dejen que yo me encargue del sujeto.

Guildax y Lyra obedecieron. Ella le siguió hasta el despacho, en donde permanecieron en silencio durante un buen rato.

Diez minutos más tarde, se abrió la puerta y entró Kirt, seguido de dos fornidos camareros, que traían en volandas al frustrado asesino de la joven.

—¡Suéltenme! —gritaba el individuo, forcejeando desesperadamente—. ¡Les digo que yo no he hecho nada, que he pagado las consumiciones puntualmente!

Kirt hizo una señal a sus subordinados, quienes tendieron en el suelo al prisionero. A continuación, Kirt se sentó sobre su pecho, sostenido parcialmente por los camareros.

—¿Por qué quisiste matar a Lyra? —preguntó.

—¿Quién, yo? Kirt, usted está loco... Levántese, me va a juntar el pecho con la espalda.

—Eso es lo que te pasará si no hablas —dijo el dueño del local, inflexible—. Contesta y haré que me levanten.

—Le repito que no sé nada...

—Aflojad un poco, chicos.

Los camareros obedecieron. Se oyó un ligero crujido de huesos.

—¡Me va a asfixiar! —gritó el prisionero, lleno de pánico.

—Si me sueltan, morirás con los pulmones reventados —anunció Kirt, fríamente.

El prisionero sollozó.

—Está bien, lo diré, pero levántese —pidió.

—Habla primero —exigió Kirt.

—Fue... Se llama Wences de Vroot.

—¿De Vroot? —repitió Guildax—. ¿Lo conoces tú, Lyra?

Ella hizo un signo negativo.

—Jamás he oído ese nombre en mi vida —contestó.

—¿Dónde vive De Vroot? —preguntó Guildax, inclinándose hacia el prisionero.

—No lo sé. Tiene una nave… Es la «Technos»…

—Levantadme, muchachos —pidió Kirt.

El prisionero se incorporó, frotándose el tórax, dolorido.

—¿Puedo irme ya? —consultó, temblorosamente.

Lyra volvió los ojos a Kirt.

—Me gustaría que lo retuviese algunos días —indicó.

—Todo lo que usted quiera, hermosa —accedió el gordo, sonriente. Hizo una señal con la mano—: Lleváoslo, muchachos, ya sabéis adónde.

Los tres hombres desaparecieron. Guildax, pensativo, repitió:

—«Technos». Ese nombre me es familiar, aunque me gustaría saber dónde está ahora De Vroot.

—A mí lo que me preocupa es que un sujeto que me resulta perfectamente desconocido quisiera atentar contra mi vida —dijo Lyra.

—Por ahora es un problema secundario —manifestó Guildax—. Lyra, sintiéndolo mucho, tendré que decirte que nuestra estancia en Eueneii va a durar muy poco.

Ella se volvió hacia el dueño de la taberna. —Recordaré siempre este favor, Kirt —dijo, agradecidamente.

—Cuando necesite de mí, no lo dude —contestó el gordo.

La pareja abandonó el despacho y cruzó la sala en dirección a la calle. Ninguno de los dos se dio cuenta de que dos ojos de mirada recelosa observaban disimuladamente sus movimientos.

Guildax y Lyra salieron a la calle.

—Zarparemos mañana —decidió él.

—Como gustes —aceptó Lyra, sin más.

*

El rótulo que había sobre la puerta de la casa decía: «Ralph Kayro. Agencia particular de mensajes. Despachamos espaciogramas a todas partes».

El hombre abrió la puerta y se detuvo ante un pequeño mostrador, tras el que estaba sentado un sujeto de aspecto aburrido.

—Hola, Kayro —saludó—. Quiero enviar un espaciograma.

—La tarifa es de diez discos por palabra. Veinte, si el mensaje está destinado a una astronave en vuelo —contestó el dueño de la agencia.

—Dame un papel —pidió el visitante.

Kayro se lo entregó.

—Quizá el destinatario esté en vuelo —advirtió el hombre.

—Mis corresponsales lo encontrarán —aseguró Kayro—. Pero ponga su dirección habitual indicando además «o en órbita». Eso bastará.

—De acuerdo.

El visitante escribió:

«He visto a Lyra con el capitán Guildax. Ten cuidado; seguramente andan buscándote.
Ted».

Pero el destinatario no leería el mensaje tan fácilmente, sino después de descifrarlo de la clave convenida con los informadores que tenía en los asteroides fuera de límites. Al leerlo, Kayro frunció el ceño: —Está en clave —dijo, observando la aparente incoherencia de las frases escritas.

—¿Eleva eso el importe del mensaje? —preguntó Ted.

—Oh, no, era un simple comentario...

—Envíalo y no te preocupes de más, Kayro.

—Salvo de cobrar, por supuesto.

—Eso lo tienes asegurado —dijo Ted, indiferentemente.

*

La mano de Ardiss estrujó con furia la copia descifrada del mensaje que acababa de recibir.

—¡Esa zorra! —dijo coléricamente—. Ya me figuraba yo que no sabría estarse quieta...

Doce horas más tarde, le entregaron un segundo mensaje, firmado asimismo por Ted.

«Lyra y Guildax viajan a bordo de astronave privada matrícula NYR-4.077-IV. Calculo orbitan rumbo a Zarbha Ted».

—Conque a Zarbha, ¿eh? —murmuró Ardiss— .. Por fortuna no nos hallamos demasiado lejos de ese asteroide y...

Se acercó al interfono y llamó:

—¡Puente! Aquí el capitán.

—Adelante, capitán; le escuchamos.

—Calcule una órbita de intercepción, tomando Eueneii como punto de partida y Zarbha de llegada. Hágalo pronto y tome el nuevo rumbo apenas haya hecho los cálculos pertinentes.

—¿Es la «Technos», capitán? —preguntó el oficial de guardia.

—Eso no le importa. Obedezca mis órdenes, simplemente.

—Sí, señor.

—Ah, y otra cosa; ordene al oficial de artillería que tenga todos los torpedos listos. ¿Entendido?

—Bien, señor.

—La nave que hemos de interceptar tiene la matrícula NYR-4.077-IV. Apenas sea avistada, haremos fuego sobre ella.

—Capitán, ¿me permite una sugerencia? —consultó el oficial de guardia.

—Sí, desde luego.

—Calcularé la órbita de intercepción por el sector más alejado de Zarbha. Aunque parezca un contrasentido y perdamos algunas horas, creo que será más seguro así, ya que evitaremos los inconvenientes del Muro Negro.

—No es mala idea —sonrió Ardiss—. Sí, haga los cálculos de acuerdo con lo que acaba de exponerme. Y no lo olvide: esa nave ha de ser destruida apenas esté a tiro.

Naturalmente, no se trataba de la «Technos».

Para la «Technos» los planes de Ardiss eran muy distintos.

*

Si se miraba a la izquierda de la nave, el cielo aparecía completamente negro.

—Resulta pavoroso ver un sector del espacio en el que han desaparecido las estrellas por completo —dijo Lyra.

—Sí, parece como si fuera una masa opaca, pero, en realidad, se trata solamente de una colosal nube de gas opaco, que es una gran esfera de varios años luz de diámetro. En realidad, las moléculas de este gas se hallan muy separadas entre sí, pero las mismas dimensiones de la nube provocan su opacidad. La atmósfera terrestre, a cien kilómetros de altura de la superficie, es veinte veces más densa que la masa de gas del Muro Negro.

—Un fenómeno curioso, ¿no?

—Restos de una estrella muerta y disgregada a lo largo de incontables billones de años —explicó él.

—¿Sabes de alguien que haya pasado al otro lado?

—Exploradores y científicos —contestó Guildax—. Pero el Muro Negro forma parte de los límites de la Liga de Sistemas y nuestras patrullas no llegan nunca tan lejos.

La pantalla de radar emitió de repente un vivo destello.

—¿Qué es eso, Juan? —exclamó Lyra.

Guildax fijó los ojos en la pantalla. Inmediatamente, conectó otra de mayor tamaño, orientada automáticamente por los sistemas de detección de la astronave.

La segunda pantalla mostró en el acto la imagen de una astronave que los objetivos de aproximación situaban a pocos millares de metros de distancia. Lyra la reconoció en el acto y lanzó un grito: —¡Juan! ¡Es mi astronave!

—¿Tan pronto? —exclamó él, lleno de asombro.

Pero ninguno de los dos tuvo tiempo de decir nada. Súbitamente, en la proa de la «Zig» se encendieron seis bocas de fuego al mismo tiempo.

CAPITULO X

—¡Nos torpedean, Juan! —gritó la joven.

Era aterrador ver los torpedos crecer de tamaño vertiginosamente. Sin embargo, la distancia era todavía de varias decenas de miles de kilómetros.

—Por fortuna, no llevan cabeza rastreadora subespacial —dijo Guildax—. Pero nosotros no vamos armados y no nos queda otro remedio que eludir los impactos.

Sus dedos se movieron rápida y velozmente sobre el teclado del panel de mandos. Luego, el índice se apoyó sobre un botón de tamaño algo mayor que los restantes.

Un vivísimo fogonazo disipó las tinieblas espaciales en una vasta extensión. Dentro de la nave se sintió una terrible sacudida.

El aparato fue lanzado a lo que parecía un pozo sin fondo. Lyra observó una vez los instrumentos de control y vio que las agujas de muchas de las esferas parecían haber enloquecido.

Los cinturones de seguridad les retuvieron en el asiento. Una o dos veces gritó, pero no sabía si Guildax la oía o era ella que se había quedado sin voz.

Guildax luchaba con los instrumentos. La astronave parecía una frágil barquilla, bailando una enloquecida danza en las olas de un mar tempestuoso. Casi lo más aterrador de todo era que no se percibía el menor ruido.

Transcurrieron algunos minutos, que a Lyra le parecieron interminables. De pronto oyó la voz de Guildax:

—¡Por fin!

Segundos después desapareció la oscuridad y se encontraron ante el siempre fascinante espectáculo del Universo contemplado sin la barrera visual de una atmósfera.

Lyra se puso ambas manos sobre la boca y luego las despidió hacia adelante, como si lanzase un beso.

—Es la cosa más hermosa que he visto en mucho tiempo —dijo, rebosante de júbilo.

Guildax sonrió.

—La verdad es que las hemos pasado muy apuradas —confesó—. Pero todavía no ha llegado lo peor, Lyra.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó ella.

—Hay algo que no funciona bien a bordo y tengo que averiguarlo —repuso Guildax. —¿Qué es, Juan?

—Verás, Lyra. ¿Recuerdas el fogonazo que se produjo a poco de haber sido disparados torpedos?

—Sí, desde luego.

—En ese mismo momento, yo había iniciado una maniobra de evasión, utilizando los propulsores hiperespaciales, a fin de acelerar el alejamiento. Ambas cosas, nuestro arranque y la explosión simultánea de los seis torpedos, se produjeron con menos de medio segundo de diferencia, a favor nuestro, claro, porque si hubiera sido al revés, ahora no lo estaríamos contando.

—Voy entendiendo —dijo Lyra—. ¿Qué más, Juan?

—Repito que hay algo estropeado, aunque no puedo definirlo todavía con exactitud. Sin embargo, es lo suficiente para que yo no me atreva o iniciar una nueva maniobra de inmersión en el espacio.

Ella le miró fijamente.

—Podríamos quedamos allí para siempre, ¿no?

—O convertimos en polvillo cósmico, Lyra. Por eso prefiero utilizar los motores espaciales normales y buscar un lugar donde aterrizar y reparar la avería con comodidad y sin prisas.

—¿Tardaremos mucho, Juan?

Guildax se encogió de hombros.

—Imposible saberlo —respondió—. Tengo que desmontar todos los circuitos principales y secundarios de los mecanismos de control de los propulsores superespaciales y eso me llevará tiempo, si quiero hacerla a conciencia.

—Por supuesto, y más vale que lo hagas así. Pero me asalta una duda, Juan.

—¿Sí, Lyra?

Ella sonrió.

—No me llames mujer prosaica, pero... ¿hay bastante comida en la despensa de a bordo?

—En todo caso, te llamaría mujer práctica —contestó él, riendo—. Sí, hay comida suficiente Y. además, armas ligeras para cazar, si tenemos la suerte de topar con un planeta susceptible de ser habitado:
—¿Sólo susceptible? Y, ¿por qué no habitado?

—Lyra, debes saber que esa maniobra de evasión nos ha llevado al otro lado del Muro Negro, en donde las exploraciones que se han realizado hasta ahora no han dado el menor resultado en cuanto al hallazgo de planetas habitados por seres inteligentes, que es, sin duda, lo que tú querías decir.

—Exactamente, Juan. De modo que estamos del otro lado del Muro Negro.

—En efecto, y como lo primero que tenemos que hacer es buscar un planeta con atmósfera respirable, voy a conectar los detectores de exploración desde este mismo momento_

—¿No habrán sufrido con la explosión, Juan? —dudó la joven.

—No, en absoluto; son unos mecanismos mucho más sencillos y de

superior resistencia. Antes de veinticuatro horas, espero, habremos encontrado un planeta con las condiciones suficientes para poder vivir en su superficie un par de semanas —concluyó Guildax con acento de seguridad en sí mismo.

*

Un suspiro de satisfacción se escapó de labios de Guildax cuando, tras diez días de trabajo continuo, encontró al fin el cable roto.

—Parece mentira —comentó para sí—. Un simple cable, compuesto por seis hilos de cobre de una vigésima de milímetro de grosor… y podría haber provocado una catástrofe irreparable.

Rápidamente hizo el empalme y colocó el circuito en su sitio. Luego, juzgando que ya había trabajado bastante, decidió que debía concederse un respiro.

Se puso en pie y tomó un rifle corto. Hasta el momento sólo habían visto animales salvajes, de no gran tamaño, pero no podía descartarse la presencia de fieras dañinas.

Salió de la nave. Reinaba una temperatura espléndida y el paisaje era muy agradable de contemplar. Abundaba la vegetación y el aire, perfectamente respirable, despedía efluvios de flores silvestres.

No lejos del punto donde habían aterrizado, pasaba un río. Guildax caminó lentamente hacia la orilla, pero cuando ya la alcanzaba, oyó una voz alarmada: —¡No te acerques!

Guildax miró a todas partes. De pronto, divisó un bulto de ropas en el suelo, junto a la orilla.

Alargó el cuello. Dentro del agua se veía una mancha blanquecina, de forma alargada. Lyra sacó la cabeza fuera y agitó un brazo.

—Estoy terminando de bañarme —anunció. Guildax sonrió.

—Esperaré todo lo que quieras junto a aquel árbol —señaló uno de gruesa copa, situado a cincuenta pasos de distancia.

Lyra vino minutos más tarde, cubierto con un mono de tejido esponjoso y muy ajustado a su esbelto cuerpo. El cabello de la joven pendía suelto para que se secase después del baño.

—Estoy presintiendo que vas a darme buenas noticias, Juan —dijo al ver su cara de satisfacción.

—En efecto. Ya he encontrado la avería.

—¿Era grave?

—Un simple cable roto por una violenta sacudida. Ya está empalmado, aunque, para mayor seguridad, examinaré los tres circuitos que me quedan por ver.

—Es una noticia confortadora, desde luego —dijo ella—. Me pregunto por qué nos atacaron los de la «Zig», Juan.

—Bueno, quisieron eliminar un obstáculo, eso es todo.

—Indudablemente, pero, ¿cómo sabían que éramos nosotros? Porque si se hubiese tratado de un asalto, no hubieran tirado a matar, quiero decir, para destruir la nave.

Guildax se quedó perplejo.

—Es verdad —dijo—. ¿Cómo sabían que éramos nosotros?

—No hay más que una respuesta, Juan.

—Di, Lyra.

—Ardiss tiene informadores en todas partes…, los mismos que yo empleaba cuando mandaba la «Zig». Alguno de ellos nos vio en Eueneii y le envió un mensaje.

—¿Es posible, Lyra?

—Sí, Juan.

—Una incógnita resuelta —murmuró Guildax—. Pero al mismo tiempo demuestra una cosa, Ardiss nos teme.

—Yo también opino lo mismo y ello me hace concebir una idea, Juan.

Guildax la miró fijamente. Lyra añadió:

—Nuestra labor será, en lo sucesivo, más fácil, puesto que él nos cree muertos.

—Es probable que tengas razón —convino él sonriendo—. De todas formas, en cuanto despeguemos de aquí, iremos a Zarbha.

—Sí, Juan. —Lyra suspiró—. Echaré de menos este planeta —aseguró.

—Es un mundo muy agradable de contemplar, en efecto. Pero no veo nada especial que haya podido dejar recuerdos imperecederos en tu mente.

—¿No? —Con voz ensoñadora, Lyra —dijo—. Por primera vez en muchos años he sentido lo que es calma absoluta, tranquilidad de ánimo, paz sin límites… Te aseguro que no me importaría quedarme a vivir aquí, Juan.

—¿Sola? —preguntó él intencionadamente.

Lyra vaciló.

—¿Quién iba a querer hacerme compañía? —dijo.

—Un hombre, por supuesto. Eres mujer, joven y hermosa.

Ella rió nerviosamente.

—No te burles de mí —pidió—. Tú ya sabes cuál es mi defecto. Kirt te lo contó todo.

—Sí, me lo contó. Pero…

Los brazos del joven asieran repentinamente la cintura de Lyra.

—¡Juan! —dijo ella, con los ojos muy brillantes y la respiración entrecortada.

Guildax no dijo nada. Hizo fuerza y la atrajo hacia sí.

—Por favor, Juan —rogó ella débilmente.

Guildax sonreía.

Lyra le miró. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, le echó los brazos al cuello.

Los labios de los dos jóvenes se fundieron en un beso estallante de pasión. Todo cuanto les rodeaba desapareció, absorbido en la vorágine de la embriaguez del momento.

*

—Supongo que habrás marcado las coordenadas de este planeta —dijo ella, acariciándole las mejillas.

Guildax estaba tendido de espaldas en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de la joven. Lyra se hallaba sentada al pie de un árbol de grueso tronco y frondoso ramaje.

—Sí, desde luego. Incluso me las sé de memoria —contestó—. No podría olvidarlas aunque quisiera. EG-EG-II y VX-TT-9 —recitó.

Lyra se estremeció.

—¿Cómo has dicho? —exclamó.

—Acabo de citar las coordenadas de este planeta para demostrarte que las conozco de memoria —dijo él—. ¿Las repito otra vez?

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de la joven.

—No, querido, no es necesario —contestó.

—Parece como si te hubiera extrañado mucho —dijo él.

—Oh, no, en absoluto. No te preocupes más, Juan.

Guildax se sentó en el suelo y se volvió hacia ella.

—Querida, en cuanto haya terminado esta misión, te pediré que te cases conmigo —anunció—. Luego solicitaré una licencia de dos años. Vendremos aquí y, si nos va bien la cosa, nos quedaremos en este planeta para siempre. ¿Qué te parece la perspectiva?

Los labios de la joven temblaron.

—Oh, querido —dijo con voz insegura—. Pero mi defecto...

—Ese es un asunto resuelto ya —afirmó él—. En cuanto regresemos a Haaven City, yo...

Guildax no pudo continuar.

Algo hizo crujir con fuerza los ramajes de un gran matorral cercano a ellos. Guildax agarró el rifle y se puso en pie de un salto.

—No te muevas, Lyra —recomendó a media voz, mientras conectaba el mecanismo eléctrico de disparo del arma.

Los crujidos se repitieron. Prudentemente, Guildax agarró la mano de Lyra y tiró de ella, guareciéndose ambos detrás del árbol, cuyo grueso tronco era suficiente para cubrir sus cuerpos.

El autor de los crujidos se hizo visible de pronto. Guildax y Lyra se quedaron pasmados de asombro al ver a aquel extraño individuo.

—Cielos —musitó Lyra—. ¡Es un robot!

CAPITULO XI

El robot se alejó sin verles. Guildax vaciló un momento y luego propuso:

—Vamos a seguirle.

Lyra aceptó de inmediato. Caminando a prudente distancia, ocultándose cuando lo estimaban necesario, los dos jóvenes siguieron al robot durante algunos centenares de metros.

Guildax observó que la máquina con figura humana llevaba una trayectoria completamente rectilínea. En ocasiones, se desviaba si encontraba algún obstáculo, pero no tardaba mucho en volver a su ruta primitiva.

Guildax se detuvo de pronto.

—Lyra, así no podemos seguir —dijo—. Será mejor que volvamos a la nave y le sigamos con más comodidad. Ese robot puede estar caminando días enteros, cosa que de la que nosotros somos incapaces.

—Es cierto, Juan. Pero, ¿cómo es posible que haya robots en este planeta? Significa que está habitado, ¿no?

—Indudablemente, puesto que alguien tiene que construir los robots. Regresemos ya, Lyra.

De pronto, cuando ya se disponían a dar media vuelta, Lyra lanzó una exclamación:

—¡Mira, Juan!

Guildax volvió los ojos. A quince o veinte pasos de distancia, divisó un bulto de ropas, del que sobresalían unos huesos que blanqueaban al sol.

Invadido por la curiosidad, se acercó a aquellos restos humanos. Con gran asombro por su parte, reconoció un uniforme de las patrullas del espacio.

Presa de una súbita sospecha, se arrodilló junto a los huesos. Buscó en los ropajes y extrajo la documentación de uno de los bolsillos del uniforme.

—Esto lo explica todo —dijo a poco.

—¿Qué es lo que explica, Juan? —preguntó ella.

—Hace mucho tiempo, uno de nuestros patrulleros, Jimmy Harris, se perdió misteriosamente, sin que hasta ahora hayamos vuelto a tener noticias suyas. Estos huesos que ves son todo lo que queda de él, Lyra.

—Pobre hombre —se dolió la joven—. Pero, ¿cómo vino a parar a este planeta?

—Tal vez, si encontrásemos su patrullera... Pero ya lo haremos luego; ahora, por el momento, nos interesa más seguir al robot.

Guildax se puso en pie.

—Más tarde volveremos para enterrar al pobre Jimmy —dijo. Agarró la mano de Lyra y ambos echaron a correr.

*

La nave se deslizaba lentamente, a pocos metros de la copa de los árboles. El robot continuaba caminando, sin dar muestras de haber percibido la persecución de que era objeto.

Guildax y Lyra se sentían llenos de estupefacción. Aquel robot no era el único que había en el planeta.

Durante el viaje habían divisado muchos más, todos ellos siguiendo distintos caminos. Ninguno, sin embargo, había advertido la presencia de la nave.

—No han levantado la vista una sola vez —observó Lyra.

—Eso significa una cosa —dijo Guildax—. Sencillamente, no esperan ser atacados desde las alturas.

—Y, por lo tanto, no tienen necesidad de mirar hacia arriba.

—Exactamente.

El bosque se acabó de pronto. A medio centenar de metros del último árbol, el terreno se cortaba bruscamente.

La nave rebasó el borde de la cortadura. Entonces, a unos trescientos metros de profundidad, Guildax y Lyra vieron algo que les hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Debajo de ellos había una serie de vastas construcciones, que se extendían casi hasta el horizonte. Era un gigantesco complejo fabril, en continua actividad, que parecía levantado por seres de una civilización adelantadísima.

—Es increíble —Dijo la muchacha, al cabo de unos segundos—. Jamás hubiera soñado en ver una cosa semejante.

—Ahora empiezo a explicarme por qué De Vroot vende tan baratos sus robots —dijo él.

—Pero, ¿cómo puede venderlos tan baratos, si esta fábrica tiene un valor inconmensurable?

Guildax se quedó perplejo.

—No lo sé, Lyra, pero una cosa es cierta: los robots que vende De Vroot a tan bajo precio, salen de aquí.

—¿Cómo lo sabes tú, Juan?

—He visto un par de ellos y tienen la misma figura que los que estamos viendo ahora —respondió Guildax—. Observarás que no hay la menor diferencia entre ellos, ni en su figura ni en sus ropajes. Todos son absolutamente iguales y los que veo ahora no se diferencian en nada de los que vi en Haaven City.

—Es curioso —observó Lyra—. Estamos viendo millares de robots,

pero De Vroot no vende grandes partidas, dos o trescientos cada vez. Si construyó la fábrica, la amortización durará hasta que nazcan sus biznietos... y, me parece, eso no es propio de un hombre de negocios.

—Sí, hay algo extraño en todo este asunto —convino Guildax—. ¿Te parece que intentemos hablar con el director de la fábrica? El podrá damos detalles que ahora ignoramos.

—Conforme —aprobó Lyra—. Desciende ya, Juan. Los dedos de Guildax se movieron sobre el tablero de control. Lentamente, la nave empezó a perder altura.

*

En la cámara de mando de la «Technos» se recibió súbitamente un mensaje:

—¡Mantenga la misma órbita a velocidad mínima! ¡No intente ninguna maniobra de evasión o los desharemos con nuestros torpedos!

El oficial de guardia se quedó un instante paralizado por el asombro. Luego preguntó:

—¿Quién diablos es usted? ¿Con qué autoridad me da semejantes órdenes?

—Conecte su pantalla de observación —fue la respuesta que recibió el oficial de guardia.

La pantalla se iluminó. Una bandera negra, con la calavera y las tibias en blanco, apareció inmediatamente ante sus ojos.

—¡Piratas! —gritó.

—Justamente —confirmó la voz burlona de Ardiss—. Y será mejor, para su propia seguridad, que obedezca mis órdenes, si no quieren volar en mil pedazos.

—Está bien, llamaré al capitán y le informaré de lo que sucede.

El oficial de guardia hizo una llamada por el interfono. De Vroot se presentó en la cámara treinta segundos más tarde.

—¿Qué pasa, Bill? —preguntó.

—Señor, los piratas nos han ordenado seguir la misma órbita. Van a abordamos.

De Vroot se mordió los labios.

—Conque piratas, ¿eh? —masculló—. Esos hijos de perra del Sindicato tienen muy poca imaginación. ¡Cómo me gustaría poner las manos en el sucio pescuezo del bastardo de Vevrom!

—¿Quién es Vevrom, señor?

—El tipo que hace todos los negocios sucios del Sindicato, No es ése su nombre, pero lo usa con más frecuencia que los otros. Está bien, Bill; obedezca puntualmente todas las órdenes de los piratas.

—Sí, señor.

De Vroot abandonó la cabina. Era muy posible que, en efecto, el Sindicato hubiese contratado a unos piratas para eliminar la competencia. En tal caso, el capitán pirata habría recibido instrucciones precisas respecto a su suerte. De Vroot se imaginaba de sobra cuál sería la suerte que le esperaba, si los secuaces de Vevrom le ponían la mano encima.

—Lo primero es salvar la vida —se dijo, mientras daba los pasos necesarios para ello—. Puede que pierda una nave y trescientos robots…, ¡pero juro que ese condenado Vevrom me las pagará y después de él irán esos bribones del Sindicato!

*

Por el circuito interno de radio, Ardiss dijo:

—Ya saben las instrucciones que deben seguir. Obedezcan puntualmente.

Las dos naves volaban por el espacio, emparejadas, a menos de treinta metros de distancia. Una docena de piratas volaron en sus propulsores individuales, transportando una larga manguera, cuyo extremo fue fijado al casco de la «Technos».

—Sólo pretendemos narcotizarles para que no nos molesten —dijo Ardiss por radio a los tripulantes de la nave asaltada.

Ardiss mentía.

El gas era letal. Los tripulantes de la «Technos» murieron dos minutos más tarde.

Los piratas abrieron las escotillas, sin importarles que se escapase el aire de la astronave asaltada. Ya no quedaban supervivientes.

—Y un robot no necesita escafandra de vacío —dijo Ardiss, riendo desaforadamente—. ¡Erney! —llamó a continuación.

—Diga, capitán —contestó el aludido.

—Lleve un ejemplar a mí cámara. Quiero ver cómo funcionan.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, Ardiss tenía el robot ante sí.

—Eres una máquina, yo un humano —dijo—. ¿Sabes establecer la diferencia?

—Sí —contestó el robot con voz inexpresiva.

—En ese caso, sabes que has de obedecer mis órdenes sin replicar.

—Sí.

—Todas las órdenes —recalcó Ardiss.

—Todas las órdenes —repitió la máquina.

Ardiss sonrió satisfecho.

—Bien, a partir de este momento, serás mi sirviente personal. Te llamaré Sam. Te llamas Sam.

—Me llamo Sam.

—Okey, Sam. Una pregunta, ¿sois iguales todos vosotros?

—Sí, todos somos iguales.

—¿Algunas veces os averiáis?

—Las probabilidades son mínimas, aunque, a veces, se producen averías.

—¿Cuántos robots hay en la «Technos»?

—Trescientos dos —respondió Sam.

Ardiss hizo un rápido cálculo.

—Tengo ahora treinta tripulantes —murmuró para sí—. Se llevan una importante parte del botín, casi un setenta por ciento. Con treinta robots para suplir sus ausencias, más otros tantos de reserva para casos de avería…, bueno, así no tendría que repartir el botín con nadie, porque una máquina de éstas, con unas pilas eléctricas y un poco de aceite de vez en cuando, tiene más que suficiente.

Soltó una alegre carcajada, satisfecho de su plan. Sam permaneció impasible.

Womer entró en aquel momento.

—Capitán, el asunto está listo —informó.

—¿De veras? —Ardiss sonrió pérfidamente—. Bien, en ese caso, reúne a todos los hombres en el comedor. Os voy a invitar a unas copas para celebrar el buen éxito de la operación.

—¡De acuerdo, capitán!

Minutos más tarde, Ardiss empezaba a servir las copas en persona, mientras decía:

—Luego haremos volar la «Technos». Y cuando hayamos terminado, orbitaremos rumbo a Zarbha. Allí me reuniré con mi amigo Vevrom y le pediré la otra mitad del cheque. Somos treinta, de modo que tocaremos a casi un millón por barba. ¿Qué os parece?

Un «¡hurra!» unánime acogió sus palabras. Los gritos de júbilo se transformaron antes de ciento veinte segundos en maldiciones y denuestos.

Uno o dos de los piratas demostraron tener un estómago forrado de hierro. Ardiss acabó con ellos de sendos disparos. Los demás habían perecido por el veneno.

—Con el botín que tengo, el dinero de Vevrom y un par de golpes más, ayudado por los robots, dentro de un año, podré comprarme un asteroide para mi uso particular —calculó satisfecho.

Lo único que le disgustó un poco tener que lanzar veintinueve cadáveres al espacio, pero de pronto se acordó de que tenía un robot que era su sirviente personal.

Sam ejecutó la macabra tarea.

CAPITULO XII

Cuatro o cinco robots avanzaron hacia la pareja, — apenas hubieron puesto el pie en tierra.

—¡Alto! —dijo Guildax imperativamente.

Los robots se pararon en seco. A pesar de todo, Guildax no se fiaba y tenía su rifle a punto.

—Deseo hablar con vuestro jefe —indicó a continuación.

—No tenemos jefe. Todos somos iguales —declaró uno de los robots con su habitual voz mecánica.

—Entonces, tal vez tú mismo puedas responder a nuestras preguntas.

—Creo que sí —admitió la máquina.

—En primer lugar, ¿está habitado este planeta? —preguntó Lyra —. Quiero decir si hay seres inteligentes.

—No. Aparte de las bestias y de vosotros dos, sólo estamos los robots.

—¡Un mundo poblado exclusivamente por robots! —exclamó la joven—. ¡Resulta fantástico, Juan!

—Pero absolutamente real —dijo Guildax—. Si no hay humanos, ¿quién os fabrica? —inquirió.

—Nosotros mismos —dijo el robot.

—Es increíble. Pero, ¿por qué os fabricáis, si no tenéis humanos a los cuales servir? Porque un robot es construido siempre para servir y ayudar y servir a los humanos.

—Sabíamos que los humanos llegarían un día a este planeta. Por eso continuamos construyéndonos.

—No obstante, ninguno de vosotros fue capaz de construir el primer robot. ¿Quién lo hizo?

—Hubo un tiempo en que este planeta estaba habitado. Después, los humanos murieron. Una extraña enfermedad los atacó y sólo quedamos nosotros. Como ya estábamos programados para autoconstruirnos y nadie grabó en nuestros circuitos orden en contrario, continuamos la fabricación.

—Me siento abrumada —dijo Lyra—. De modo que este planeta no tiene ahora seres humanos que aleguen derechos sobre él.

—En cierto modo, no, aunque sí hay un humano que viene de vez en cuando a visitamos. El dice que es el dueño de Mechnos...

—¡Mechnos! —repitió Guildax—. ¿Se llama así vuestro planeta?

—Antes tenía otro nombre, pero ese humano le dio el que acabas de pronunciar —dijo el robot.

Guildax se volvió hacia la joven.

—Lyra, ¿no te das cuenta del descubrimiento que acabamos de hacer? —preguntó.

Ella le miraba fijamente. Guildax añadió:

—El planeta se llama Mechnos... Conocemos, siquiera sea de nombre, una astronave llamada «Technos». ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, Juan.

—El hombre que se lleva robots para venderlos a más bajo precio que los del Sindicato es De Vroot. Recuerdo perfectamente haber oído hace mucho tiempo la noticia de su reclamación como propietario de este planeta.

—Un tipo avispado, indudablemente.

—Así es, Lyra. —Guildax se volvió hacia el robot—. ¿No protestáis cuando De Vroot se lleva a algunos de vosotros en su nave?

—Estamos construidos para obedecer al humano —dijo la máquina inexpresivamente.

—Encontramos restos de una persona —manifestó Guildax—. ¿Quién la mató?

—Lo siento —se disculpó el robot—. Era el primer humano que veíamos en muchísimos años, más de un siglo. Los robots que acudieron a su encuentro se excitaron un poco. Quisieron ver cómo era un humano y lo destrozaron, pero no había malicia en sus acciones.

Lyra se estremeció.

—No debió de ser una muerte agradable la del pobre Harris —murmuró.

—Lastimoso, pero ya inevitable —dijo Guildax—. ¿Cuántos robots salen de la fábrica al día?

—Cien.

—¿Cuánto tiempo hace que se fabrican?

—Alrededor de ciento cincuenta años.

—¿Siempre al mismo ritmo?

—Salvo los primeros años de prueba, siempre cien diarios. No hubo tiempo de instalar una segunda fábrica ni a nosotros nos programaron para ello —declaró el robot.

Guildax hizo un rápido cálculo.

—En ese caso, hay ahora más de cinco millones —dijo.

—Bastantes más, casi cinco millones y medio —añadió Lyra.

—Una pequeña fortunita para su dueño, ¿verdad?

Ella sonrió imperceptiblemente.

—De Vroot podría decimos algo al respecto —contestó.

—Pero no me explico por qué no vende más robots, si prácticamente no hay más que alargar la mano y cargarlos en la nave, como si fueran sardinas en lata.

—Quizá no ha querido derrumbar sus propios precios —sugirió

Lyra.

Guildax encontró que era una respuesta muy interesante. Luego se volvió hacia el robot.

—Quiero hacerte una pregunta —manifestó.

—Sí —dijo la máquina.

—¿Es De Vroot el dueño de este planeta y, por tanto, de todos vosotros?

—Así lo dice él.

—¿Y si ese derecho de propiedad fuese reclamado por otra persona?

El robot dio una respuesta verdaderamente sorprendente. Lyra se echó a reír, ya que era ella la que había formulado la pregunta.

—¿De qué te ríes? —preguntó Guildax, asombrado.

—Te lo diré en otro momento —contestó ella, todavía luchando con la hilaridad que le habían causado las últimas declaraciones del robot—. ¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí, Juan?

—Nos iremos en seguida que haya terminado la reparación. Por cierto, ¿no quieres llevarte un robot para sirviente personal?

—No es mala idea, pero en cuanto llegue a Haaven City haré que le fabriquen una figura femenina.

Guildax se quedó atónito al oír aquella respuesta.

—¡Vaya! ¿Es que no sirve con la que tiene? —exclamó.

Lyra le puso una mano sobre el brazo.

—Querido, ese robot, como todos, aunque de aspecto asexuado, parece tener figura masculina. Una chica, a veces, está en el baño o en su dormitorio, ligera de ropa, y yo me sentiría muy incómoda si me ayudara a vestirme o a desnudarme un robot con aspecto masculino. Es una simple cuestión psicológica, ¿comprendes?

—Sí, desde luego —sonrió él. Se volvió hacia el robot—: ¿Quieres venir con nosotros? ——consultó.

—Mi obligación es obedeceros —dijo la máquina escuetamente.

Días más tarde, cuando ya alzaban el vuelo, Guildax dijo:

—Lo que hemos encontrado en Mechnos es un síntoma de los tiempos, Lyra. Las ruinas de la civilización que existió aquí no son palacios o catedrales o museos en ruinas, sino una fábrica de robots, que funcionará indefinidamente, mientras alguien no les imparta la orden de paralizar la fabricación.

—Es posible que alguien lo haga un día —aventuró Lyra con acento indiferente.

*

Kent Ardiss entró en la taberna y se encaminó directamente al mostrador.

—Hola —saludó a uno de los camareros—. Quiero ver a Vevrom.

El camarero le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ardiss lanzó sobre el mostrador un billete señalado con la cifra 10.

—Esa es mi respuesta —dijo.

—Muy bien, señor. Aguarde un momento, por favor.

El hombre se alejó. Regresó dos minutos más tarde.

—Segundo piso, cuarta puerta a la izquierda —dijo.

—Gracias.

Ardiss se tocó la culata de la pistola radiónica, lista para ser usada en cualquier momento. No se fiaba de Vevrom.

Momentos después, llamaba a la puerta indicada.

—¡Adelante!

Ardiss abrió con grandes precauciones.

Vevrom estaba sentado a una mesa, sobre la que había una botella y dos vasos. Las manos del hombre del Sindicato quedaban ocultas a la vista.

—Ah, es usted, Ardiss —dijo sonriendo.

—El mismo, Vevrom, pero, por favor, saque las manos de debajo de la mesa —pidió el pirata desconfiadamente.

Vevrom obedeció, a la vez que soltaba una ruidosa carcajada.

—¿Desconfía de mí? —preguntó.

—A decir verdad, sí.

Ardiss entró y cerró de un taconazo. En modo alguno quería perder de vista a Vevrom.

El hombre del Sindicato se puso en pie.

—Acérquese y tome una copa conmigo —invitó.

—Ya la tomaré en otro lugar —rechazó Ardiss.

—Continúa la desconfianza, ¿eh?

Ardiss emitió un gruñido. Luego alargó la mano izquierda.

—Deme la otra mitad del cheque —pidió.

—¿Lo ha conseguido?

—¿Es que no se entera de los noticiarios? La «Technos» sufrió una avería en los motores, que provocaron la explosión de uno de los reactores de energía. Consecuencia, se hizo pedazos, con todos sus tripulantes.

—Es verdad —sonrió Vevrom. Metió la mano dentro de la vistosa casaca que cubría su tórax y sacó la otra mitad del cheque—. Aquí tiene lo convenido —anunció.

Ardiss cogió el cheque con la mano izquierda. Vevrom hizo un brusco movimiento.

Si creía coger desprevenido a Ardiss, se equivocaba. El pirata levantó la mesa con la mano izquierda y la volcó con terrible ímpetu.

Vevrom cayó de espaldas, lanzando un rugido de furor. En vano

intentó sacar su pistola.

Ardiss rodeó la mesa y empezó a patadas con el caído. El ruido de un par de costillas al quebrarse le pareció una música deliciosa.

Vevrom aulló de dolor, mientras se contorsionaba impotente en el suelo. Ardiss remató la faena colocando el tacón de su bota sobre la nariz del hombre del Sindicato, y dando después una vuelta completa sobre tan delicado punto de apoyo.

La nariz soltó un torrente de sangre. Pero Vevrom no lo sintió, porque había perdido el conocimiento.

CAPITULO XIII

En el momento en que la nave iba a tocar tierra, Lyra lanzó una exclamación de asombro.

—¡Mira, Juan!

—¿Qué pasa? —preguntó el policía.

—Es mi nave, la «Zig». ¿No la ves ahí, a menos de cien metros de distancia?

Guildax frunció el ceño. Remató la tarea y se puso en pie.

—Vamos a investigar —dijo.

Precavido, se colgó una pistola del cinturón. Luego salió de la astronave y, emparejado con Lyra, se encaminó a la «Zig».

Las escotillas estaban cerradas.

—No podremos entrar —dijo él—. Seguramente los piratas estarán divirtiéndose después de su último golpe.

—Hay un medio de abrir las escotillas —indicó Lyra—. Trae una linterna, por favor.

Guildax volvió a su nave. Momentos después, regresaba con la linterna en la mano.

Lyra enfocó el haz de rayos hacia un punto determinado de la escotilla. A pesar de que era de día, los destellos de la linterna, hechos según un código establecido de antemano, influenciaron el mecanismo de apertura.

Segundos después, la escotilla giraba a un lado. Lyra entró a la carrera en la astronave.

—¡Cuidado! —gritó él, pero ya era tarde.

Lyra recorrió los puntos principales de la nave.

—¡No hay nadie a bordo, Juan! —gritó.

—¡Te equivocas! —contestó Guildax, desde la cubierta inferior—. Baja aquí, Lyra.

Ella obedeció en el acto. Guildax estaba parado delante de una puerta abierta de par en par.

Lyra se quedó pasmada al ver el singular espectáculo.

—Son robots —exclamó.

—Sesenta he contado yo —aclaró él.

—Pero... no entiendo. ¿Es que los piratas se han metido ahora a vendedores de robots?

—Pudieran considerarlo un negocio más productivo y menos arriesgado que la piratería, ¿no crees?

Lyra vaciló un momento. De pronto entró en la estancia y se acercó a uno de los robots.

—¿Dónde están los tripulantes de la nave? —preguntó.

—No lo sé. Yo sólo he visto a un humano —contestó la máquina.

—Murieron todos menos uno —dijo otro robot.

Lyra se volvió hacia el robot que acababa de hablar.

—¿Cómo lo sabes tú? —inquirió.

—El humano me ordenó lanzar sus cadáveres al espacio.

—¿Se llama Ardiss ese humano? —preguntó Guildax.

—Sí.

Guildax hizo un gesto de asentimiento.

—Creo haber averiguado la verdad —dijo.

—Vamos, habla —pidió Lyra, impaciente.

—Es muy sencillo. Ardiss eliminó a sus compinches, porque, utilizando robots para sus tropelías, no tiene que compartir el botín con nadie.

—Es verdad —exclamó la joven—. Pero eso significa que es un asesino.

—¿No se hizo con el mando de la «Zig» mediante el asesinato, según nos informó Kirt? Descubrió que los robots le resultarían más económicos y obró en consecuencia.

—Lo entiendo todo, menos una cosa, Juan.

—Dime, Lyra.

—Mi nave necesitaba solamente treinta tripulantes. ¿Para qué sesenta robots?

—Ardiss nos escogió a los sesenta para tener treinta de repuesto en caso de avería —declaró Sam.

—Una idea muy práctica —admitió la joven.

—Pero que indica una cosa, Lyra. Ardiss no encontró a estos robots en la superficie de Mechnos; de lo contrario, cada vez que necesitase reponer las «existencias», le bastaría ir allí y cargar con los robots precisos —dijo Guildax.

—Es cierto —corroboró Sam—. Ardiss nos capturó a bordo de la nave que nos transportaba.

—¿Qué fue de esa nave? —preguntó Guildax.

—Está destruida. Todos sus ocupantes humanos murieron.

—Ardiss no se priva de nada a la hora de sus matanzas —dijo Guildax, torciendo el gesto—. Pero, ¿cómo os dejabais capturar en Mechnos?

—Nos disparaban un proyectil que descargaba casi instantáneamente la energía que nos mueve. Los humanos creían erróneamente que nosotros atacaríamos a todos los que desembarcasen en nuestro planeta.

—No tan erróneamente —dijo Lyra—. Conocemos, por lo menos, un caso, en que un humano fue muerto por vosotros.

—Un suceso lamentable —contestó el robot—. Durante la infinidad de años, habíamos estado esperando a los humanos. La

aparición del primero provocó en los robots que le recibieron una especie de shock que alteró un tanto sus circuitos.

—Muy bien. Os capturaban dejándoos sin energía. ¿Qué pasaba después?

—Nos insertaban una pila motriz nueva.

—Y ahora estáis al servicio de Kent Ardiss.

—Sí, puesto que él es un humano y nos lo ordenó así.

Guildax y Lyra intercambiaron una mirada.

—Creo que hemos averiguado bastante, ¿no es así? —dijo el primero.

—En efecto. Podemos irnos ya, Juan.

Abandonaron la nave, dejando a los robots tal como estaban. Luego se encaminaron a la ciudad, que estaba a pocos cientos de metros de distancia.

Las astronaves aterrizaban en Zarbha, como en los demás asteroides y planetoides, a la discreción de sus tripulantes y se posaban dónde y cómo les parecía, siempre que fuese fuera de los límites del casco urbano. La capital era un abigarrado conjunto de edificaciones, en donde podía verse, junto a la lujosa residencia del astronauta afortunado en sus expediciones, la mísera cabaña del explorador derrotado. Cuando llegaban a las primeras casas, Guildax dijo: —Te acompañaré hasta el hotel y me esperarás allí, Lyra

—¿Qué harás tú mientras tanto, Juan?

Guildax sonrió.

—Necesito fondos. Tengo que ir al Banco Zarbhariano.

—¿Quieres un cheque? —ofreció ella—. Yo tengo en ese Banco una pequeña cuenta corriente. Lo hacía para cuando veníamos aquí y necesitábamos reponer provisiones.

Guildax le dio un par de palmaditas en la mejilla.

—Esta es una misión oficial y, por tanto, dispongo de fondos oficiales para llevarla a cabo. No te preocupes por el dinero y guárdalo para más adelante. Seguro que te hará falta.

Ella suspiró.

—No sé qué haré después —dijo—. Ya no puedo dedicarme a la piratería...

—Ni yo te lo permitiría, por supuesto.

—Iré a ver a Kirt. Me admitirá en el local inmediatamente.

—Para bailar en el escenario, ¿verdad?

—Me pagaba bastante bien. Además, fíjate qué reclamo para los espectadores: «Lyra de Thurm, ex capitán pirata». ¿No te parece?

—Para mí, que reclamo no serían tus títulos de... ¡ejem!, nobleza, sino otras dotes más concretas. Por ejemplo, tú figura.

—Atraía a mucha clientela, es la verdad, Juan.

—Sobre todo, por lo poco que gastabas en vestuario para tus

actuaciones, ¿no es cierto?

Lyra sonrió.

—No me hagas enrojecer, Juan —contestó.

La mano del joven se cerró sobre su brazo con moderada fuerza. Lyra sintió una extraña sensación al percibir el contacto masculino.

Habían estado solos muchos días en Mechnos, era cierto.

Pero pronto se separarían. Guildax debía volver a su profesión.

Se alejarían el uno del otro. Y de lo que había sucedido en la superficie de Mechnos entre ambos, pronto no quedaría más que un agridulce recuerdo, que un día acabaría desvaneciéndose totalmente.

No cabía hacerse ilusiones. Juan era un hombre y ambos se habían encontrado en una situación, no extrema, pero sí crítica. Había ocurrido, sencillamente, lo que debía ocurrir en tales circunstancias.

La mutua atracción nacida entonces tenía poco que ver con los sentimientos. Había que reconocerlo imparcialmente y no dejarse llevar de fantasías irrealizables, a pesar de los propósitos matrimoniales de Juan, hechos en momento de arrebato.

*

El empleado del Banco examinó meticulosamente aquel rectángulo de papel metalizado que le tendía el cliente y acabó por hacer un movimiento afirmativo de cabeza.

—Todo en orden, señor Ardiss —manifestó—. ¿Desea abrir una cuenta corriente?

—Sí —manifestó el pirata—. Ahora me dará diez mil en billetes. Otro día vendré para ordenar distintas transferencias. Necesito disponer de fondos en otras ciudades.

—Nada más natural —sonrió el empleado.

Momentos después tendía al pirata un talonario de cheques y una tarjeta.

—Firme aquí, por favor.

Ardiss firmó. A continuación cogió los cien billetes de a cien discos que le entregaba el empleado.

—Muchas gracias —dijo—. La fama del Banco Zabhariano en cuanto a amabilidad no es exagerada.

El empleado se esponjó.

—Servicio y discreción, he ahí nuestro lema —contestó—. Ha sido un placer, señor Ardiss.

Alguien oyó aquel nombre y se puso rígido en el acto.

Guildax estaba en la ventanilla contigua, llenando un cheque. Giró la cabeza y divisó al pirata disponiéndose a abandonar el Banco.

—Perdón, amigo —dijo—. He oído su nombre y creo que es Ardiss.

El pirata le miró con suspicacia.

—Así me llamo —confirmó.

—Viaja a bordo de la astronave «Zig».

—Sí, pero le advierto que si piensa pedirme un empleo, le diré que tengo todas las plazas cubiertas.

Guildax sonrió.

—No voy a pedirle un empleo, sino a ofrecérselo, Ardiss —contestó.

Un individuo escuchaba atentamente aquella conversación, a dos pasos de distancia, sin que ninguno de los dos interlocutores se hubiese apercibido hasta aquel momento de ello.

Ardiss frunció el ceño.

—Ni doy empleos ni los pido —contestó agriamente.

—Yo sí los doy, especialmente a tipos como usted, Ardiss —dijo Guildax, impávido—. El empleo que yo le ofrezco es el de picar piedra en alguna penitenciaría espacial, suponiendo que no le condenen a muerte.

Ardiss se quedó con la boca abierta.

—¿Quién es usted? —preguntó, pasmado.

—Juan Guildax, capitán de las patrullas del espacio.

CAPITULO XIV

Hubo un momento de total silencio. Guildax empezó a bajar la mano hacia la culata de su pistola.

Ardiss no le dio tiempo. Su puño golpeó el mentón del joven, derribándolo contra el mostrador.

Guildax quedó parcialmente aturdido, aunque sin perder del todo la noción de las cosas. Ardiss se lanzó a la carrera en busca de la salida.

—¡Alto! —gritó Guildax—. ¡Alto o disparo!

Ardiss se volvió. En el interior del Banco se había producido un colosal alboroto.

Una pistola apareció en la mano del pirata. La gente empezaba a correr y a apartarse a los lados. Todos temían los terribles efectos de la pistola radiónica, una sola de cuyas descargas bastaba para deshacer literalmente el sistema nervioso de una persona, fulminándola de un modo muy semejante a la electrocución.

Alguien se anticipó a Ardiss. Se oyó un seco chasquido y el cuerpo del pirata se convulsionó horriblemente un segundo, antes de caer al suelo, convertido en un arrugado montón de ropajes y carne inerte.

Guildax se incorporó, frotándose la mandíbula.

—Me ha salvado usted la vida —dijo.

Wences de Vroot se encogió de hombros.

—Aunque no lo crea, también tenía una cuenta que saldar con ese tipo —respondió.

Guildax enarcó las cejas.

—Curioso —observó.

De Vroot sonrió.

—Andaba buscándole —dijo—. Ese forajido destruyó mi nave, después de haber asesinado a toda mi tripulación. Soy Wences de Vroot —se presentó—. Usted ya me recuerda, capitán.

—Ah, De Vroot exclamó el joven—. Claro que le recuerdo. Ha sido un placer, se lo aseguro, señor De Vroot.

—Más lo fue para mí —rió el otro—. Y ahora, por favor, dispénseme, pero...

—Aguarde un momento, se lo ruego —pidió Guildax.

De Vroot le contempló con curiosidad.

—¿Qué le sucede, señor Guildax? —preguntó.

—Oh, es algo referente a lo que usted acaba de decir. Ese pirata atacó su nave.

—Sí, es cierto.

—¿Podría saber cómo murieron sus tripulantes?

—Sospecho que llenando la nave de gas letal. Yo ya no estaba a bordo —contestó De Vroot.

—Un tipo afortunado —sonrió Guildax.

—Digamos mejor, avispado. Puesto que yo no llevaba pasajeros a bordo ni una carga demasiado valiosa, me figuré que Ardiss y los suyos querían quitarnos de en medio. En consecuencia, me metí en un bote salvavidas y escapé a toda velocidad.

—Abandonando a sus tripulantes, ¿no?

De Vroot se encogió de hombros.

—Hay circunstancias en las que el sentimentalismo está fuera de lugar —replicó fríamente.

—Por supuesto. De modo que trescientos dos robots no eran carga demasiado valiosa, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó De Vroot.

—Tengo motivos para ello —sonrió Guildax—. Soy capitán de las patrullas del espacio, pero esto es algo que usted ya sabe de tiempo atrás.

—Pero, me imagino que no va a detenerme a mí. Aparte de que he eliminado a un peligroso delincuente, su jurisdicción aquí es muy dudosa, capitán.

—No, no tengo motivos para detenerle —admitió Guildax—. Solamente estaba adquiriendo datos para completar mi informe sobre el caso, que usted ha cerrado de manera si no satisfactoria del todo, al menos sí contundente.

—Ardiss se lo merecía. Asesinó a mi tripulación.

—Desde luego, pero usted también intentó cometer un asesinato.

De Vroot respingó:

—Está loco, capitán Guildax —dijo.

—¿Loco? ¿Qué me dice del camarero que intentó matar a Lyra de Thurm en el Hipergalaxy?

De Vroot palideció.

—El hecho no se consumó, así que usted no tiene motivo legal para proceder contra mí, capitán —respondió.

—Posiblemente tenga usted razón, pero, ¿dígame, ¿por qué quiso matarla?

—Eso es cuenta mía —respondió De Vroot secamente. Hizo una leve inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y se alejó con paso nervioso.

Guildax se quedó contemplándolo durante unos instantes, hasta que lo vio desaparecer. Sentíase perplejo.

De Vroot había intentado matar a Lyra. Se había frustrado la intentona, pero esto era lo de menos hasta cierto punto.

Lo importante eran los motivos y De Vroot no había querido declarar nada al respecto.

En cuanto a Lyra, el caso resultaba todavía más desconcertante, toda vez que la joven no había visto ni oído hablar jamás de Wences de Vroot.

*

—¿Operadora? Por favor, tome contacto con la compañía de servicios y dígales que revisen y alisten mi nave para mañana a las ocho. La matrícula es YUT-AA-6 y está en el lado noroeste de la ciudad, a trescientos metros. Sí, haga que la reposten de todo, incluso provisiones e incluyan los gastos en mi cuenta. Eso es todo, muchas gracias, guapa.

Vevrom cerró la comunicación y se metió en el cuarto de baño. Después de la ducha se secó y se afeitó. Mientras lo hacía, dudaba si pedir a la recepción el álbum de «bellezas acompañantes» o salir del hotel en busca de alguna agradable aventurilla, una vez repuesto de los golpes.

A fin de cuentas, la misión que le había confiado el Sindicato se había realizado con pleno éxito en todos los sentidos. Había recibido treinta millones, de los cuales sólo había abonado veinticinco. Le quedaban cinco de ganancia.

—Cinco millones limpios de polvo y paja —se frotó las manos mentalmente de júbilo—, porque, naturalmente, los gastos van a cuenta del Sindicato.

Una buena operación. De Vroot, aquel peligroso competidor, estaba fuera de combate…

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Vevrom, enjugándose la cara con una toalla.

—Espaciograma para usted, señor —dijo una voz al otro lado de la puerta.

—Un momento, ya salgo.

Vevrom se puso una camisa y cruzó la sala. Abrió y se encontró frente a un sujeto que le apuntaba con una pistola de tipo anticuado, provista de un largo cilindro metálico en el extremo del cañón.

—¿De … De Vroot! —tartamudeó Vevrom, lívido de pavor.

—Yo mismo —confirmó el visitante. Cerró de un taconazo y miró con feroz sonrisa al hombre del Sindicato—. Contra sus deseos, pude escapar, Vevrom.

—Yo… Bueno, no sé de qué me está hablando —dijo Vevrom, tratando de rehacerse.

—Yo sí, amigo —dijo De Vroot—. Al Sindicato no le gustaba que yo vendiese mis robots a una tercera parte del valor de mercado y por eso le encargaron a usted que suprimiera la competencia. Por si no lo

sabe, le diré que Ardiss ha muerto hace menos de una hora.

Vevrom tragó saliva.

—No conozco a Ardiss…

De Vroot sonreía malignamente.

—Sus excusas me dejan frío, Vevrom —manifestó—. Me ha costado algún tiempo dar con usted, pero ya le he echado el ojo encima. A propósito, ¿cuándo se celebra la próxima reunión de la directiva del Sindicato?

—Dentro de diez días, creo…

—En Haaven City, ¿no?

—Sí, claro…

—Es suficiente. Vevrom, ¿conoce el tipo de arma que tengo en la mano?

Vevrom calló.

—Es una pistola antigua, de combustión química —dijo De Vroot —. El cilindro que hay en el extremo del cañón impide la producción de ruidos de elevado nivel sonoro. Los proyectiles también son muy antiguos: cubierta de níquel con un núcleo de plomo. ¡Pero matan!

De Vroot oprimió el gatillo. Vevrom elevó los brazos y se tambaleó horriblemente.

Empezó a caer de rodillas. Fríamente, sin sentir el menor remordimiento, De Vroot le saltó la tapa de los sesos con un segundo disparo.

CAPITULO XV

—De Vroot ha desaparecido —dijo Guildax.

Lyra le contempló interesadamente.

—¿No se sabe adónde ha podido ir? —preguntó.

—No tengo la menor idea, aunque me imagino que sólo puede haber ido a un sitio. —¿Haaven City?

—Sí. Es el único lugar, al menos en un amplio sector, donde puede adquirir una nave para continuar con su tráfico de robots.

—Pero tú no se lo puedes impedir —arguyó Lyra—. Es un asunto legal, Juan.

Guildax la miró de soslayo.

—Indudablemente —admitió—. Sin embargo, quiero hablarle.

—¿Para qué, Juan?

—El ha admitido que quiso matarte, aunque no dio motivos para ello. Y tú alegas no conocerle en absoluto.

—Así es, Juan.

—Bien, opino que, de un modo u otro, este conflicto entre tú y De Vroot está relacionado con el caso de la piratería. Simplemente, quiero esclarecer todo de una vez. Allí puedo hacerlo, aquí no.

—Comprendo. ¿Podrás acusar a De Vroot de la muerte de Vevrom?

—No. Eso competiría al gobierno de Zarbha... si lo hubiese. Es un hecho sucedido fuera de los límites de la Liga de Sistemas.

—Me pregunto por qué habrá matado a Vevrom —dijo Lyra, pensativamente.

—Era el hombre del Sindicato y el encargado de suprimir la competencia en el tráfico de robots. Contrató a Ardiss para eliminar a De Vroot, pero éste consiguió salvarse.

—Sí, lo sé.

—De Vroot es un tipo rencoroso y se vengó. Eso es todo, Lyra..., salvo que ignoramos los motivos por los cuales quiso matarte y tal vez continúe queriéndolo todavía.

—Lo sabremos cuando hablemos con él, Juan —dijo ella.

Guildax la miró escrutadoramente.

—¿Piensas entrevistarte con De Vroot? —preguntó.

—Es uno de mis más fervientes deseos —respondió Lyra desconcertantemente para el policía.

—Muy bien, en tal caso, lo único que tenemos que hacer es abandonar Zarbha. ¿Cuándo estarás lista?

—Dame un cuarto de hora, Juan, será suficiente.

—De acuerdo.

*

El edificio era de noble traza y audaz estructura. Los ojos de De Vroot estaban fijos en los ventanales del último piso, situado a cien metros sobre la calle.

La distancia era de otros cien metros. De Vroot se hallaba en el último piso de un edificio frontero.

Por medio de unas gafas de aproximación, veía perfectamente lo que sucedía en aquel piso. Tenía calados unos auriculares y, frente a él había un micrófono y una caja negra, con una pequeña antena y algunos botones de control, uno de los cuales era de color rojo.

Había varios hombres reunidos en torno a una mesa. Hasta el momento, su charla no tenía nada de particular.

La puerta de la sala se abrió de pronto y un individuo se acercó a la mesa con paso rápido.

—Caballeros, traigo noticias —dijo.

—¿Buenas? —preguntó uno de los reunidos.

—Excelentes. Acabo de recibir un mensaje de Vevrom. El caso está solucionado.

Sonaron algunas exclamaciones de júbilo. De Vroot sonreía.

—De modo que la competencia está eliminada.

—Así es. La «Technos» se fue al diablo con toda su tripulación, incluido el capitán —confirmó el recién llegado.

Uno de los asistentes se puso en pie, con una copa en la mano.

—Caballeros, propongo un brindis en honor de Eugenio Rold, autor del plan que nos ha librado de una competencia tan ilícita como funesta.

Sonaron aplausos. Rold agradeció las frases de elogio con otras de fingida molestia.

De pronto se oyó una voz dentro de la sala:

—¡Caballeros!

Los reunidos callaron en el acto, vivamente sorprendidos, mirándose desconcertadamente. La voz volvió a sonar: —El señor Rold está equivocado. Wences de Vroot vive todavía.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los directivos del Sindicato.

—El propio De Vroot, naturalmente. Pero no busquen debajo de la mesa, no estoy agazapado entre ustedes. Me encuentro en un lugar desde el cual puedo verles, sin que ustedes me vean a mí.

Alguien soltó una maldición. Rold aulló:

—Debe de tener micrófonos instalados en alguna parte. ¿Qué es lo que quiere de nosotros, De Vroot?

—Muy sencillo, Eugenio. Sólo quiero decirles que su plan fracasó y que ya no podrán intentar nada contra mí. Primero, porque su

ejecutor, Vevrom, está muerto. Tuve el honor de pegarle dos tiros.

—¡Maldición! —rugió alguien—. ¡Hay que acabar con él!

—Lo dudo mucho —dijo De Vroot, riendo estremecedoramente—. Su plan fracasó y ya no harán nada contra mí, porque he instalado una bomba térmica en el pavimento y ahora mismo les voy a enviar a todos al infierno. ¡Adiós, estúpidos!

Sonaron algunos chillidos de pavor. Uno de los reunidos, espoleado por el miedo, se abalanzó hacia la ventana. Incluso consiguió franquearla, pero sólo retrasó su muerte en algunos segundos: los que tardó en estrellarse contra el duro pavimento de la calle.

La bomba térmica explotó. No hizo un ruido excesivo, aunque sí produjo una colosal llamarada, que abrasó a los directivos del Sindicato instantáneamente. No había quien pudiera sobrevivir en un punto que estaba prácticamente en el centro de un pequeño volcán, cuya temperatura sobrepasaba los tres mil grados centígrados.

De Vroot sonrió al ver el fogonazo. Luego, con satisfecha parsimonia, empezó a recoger los aparatos que había traído consigo, al objeto de no dejar rastro de su paso por aquella habitación.

*

Aunque había bastante distancia, Guildax y Lyra oyeron un grito y volvieron la cabeza, justo a tiempo para ver a un hombre que saltaba a través de una elevada ventana. Todavía estaba cayendo el individuo cuando un tremendo fogonazo brotó de todos los huecos al mismo tiempo.

El resplandor deslumbró unos instantes a la pareja. Luego, Guildax y Lyra contemplaron la espesa humareda del incendio que había seguido a la explosión.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, todavía estremecida de horror.

Guildax frunció el ceño.

—Si mis recuerdos son exactos, ese fuego se ha producido en la sala de reuniones del Sindicato de fabricantes de robots —contestó.

—¡Provocado por De Vroot! —adivinó Lyra.

—¿Quién si no, podría hacerlo? —dijo Guildax.

—¿Una bomba de tiempo?

—O quizá explosionada por control remoto. De todos modos, vamos a ver si lo alcanzamos.

Las sirenas de los aeromóviles de la policía y los bomberos sonaban ya. Pero Guildax y Lyra tenían algo más importante que hacer que contemplar el espectáculo de un edificio en llamas.

El ascensor los llevó al último piso en contados segundos. Salieron

al corredor. Guildax, delante de Lyra, llevaba la mano apoyada en la culata de su pistola.

Una puerta se abrió de repente. De Vroot fue a salir, con un maletín en la mano, pero al ver a la pareja retrocedió vivamente.

El asesino intentó cerrar. Guildax contraatacó con un tremendo puntapié que hizo girar la puerta con indescriptible violencia.

De Vroot lanzó un grito y cayó de espaldas, con los pies por alto. El maletín se escapó de sus manos.

—Levántate —ordenó Guildax, severamente.

De Vroot se arrodilló primero, limpiándose los labios con el dorso de la mano. Luego se irguió.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí, capitán? —preguntó—. Su autoridad es nula en la superficie de Haaven City.

—No me venga ahora con tecnicismos legales —dijo Guildax abruptamente—. Lyra, ¿quieres examinar ese maletín?

—Con mucho gusto, Juan.

La joven abrió el maletín.

—Hay unos auriculares, unas gafas telescópicas, una emisora de radio... —enumeró los distintos objetos que había en el interior del maletín.

—Esa emisora de radio, imagino, le ha servido para hacer estallar la bomba térmica cuando estaban reunidos los directivos del Sindicato, ¿no es así, De Vroot?

—Tiene usted una mente muy despierta, capitán —sonrió el asesino—. Tan despierta, que incluso ha sido capaz de encontrarme aquí.

—Oh, eso lo ha hecho el teniente Frangi, buen amigo mío. Pero no me equivoco al decir que usted ha dejado de pronto al Sindicato sin su junta directiva.

—¿Y qué? —De Vroot se encogió de hombros—. Golpe por golpe, ese es mi lema. Ellos intentaron quitarme de en medio, yo me he tomado mi desquite, eso es todo.

—Después de haber liquidado también a Vevrom.

—En un lugar donde las autoridades de la Liga no tienen jurisdicción alguna.

—¿También aquí, De Vroot?

—Pruébelo, capitán.

—El contenido del maletín... —dijo Lyra.

—El contenido del maletín lo más que puede probar es que yo estaba espiando a los directivos del Sindicato. Es una acción poco moral, pero no punible por la ley.

—Se encontrarán rastros —dijo Guildax.

—¿Después de la explosión de una bomba térmica? —De Vroot soltó una risotada—. Había una docena de tipos en aquella sala. Dudo

que encuentren siquiera restos suficientes para recomponer un solo pie humano.

—Jamás había visto un cinismo semejante —dijo Lyra, asqueada.

—Por dinero, hoy, como hace dos mil años, un hombre es capaz de cualquier cosa —declaró Guildax sentenciosamente.

De Vroot sonrió.

—El dinero es el motor principal de las actividades humanas —contestó——. También las mujeres hermosas, por supuesto, como esa chica que tiene al lado, capitán, pero disponiendo de dinero, se dispone de mujeres hermosas.

—Una filosofía carente de ética, De Vroot —calificó Lyra.

El asesino se encogió de hombros.

—Cuestión de opiniones, simplemente —replicó con indiferencia.

Lyra se volvió hacia Guildax.

—¿Vas a dejarlo marchar libre? —preguntó.

—No puede arrestarme —dijo De Vroot.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Guildax dijo:

—De Vroot, usted quiso asesinar a Lyra. Exprese los motivos.

—Me estorbaba, simplemente —contestó el interpelado.

—¿Es cierto eso, Lyra? —preguntó Guildax.

—Sí, Juan. Pero no por lo que te supones, sino por otro motivo muy distinto. De Vroot sabe que soy hija de Karl de Thurm, el descubridor y propietario legítimo del planeta EG-EG-II y VX-TT-9, al que él dio el nombre de Mechnos, en honor a los cinco millones de robots que lo pueblan.

Guildax respingó:

—¿Cómo? Tú eres la hija de...

—Sí, y la legítima propietaria de Mechnos, Juan.

—En eso se equivoca, Lyra —dijo De Vroot—. El planeta está registrado a mi nombre.

Lyra sacó del seno un sobre y lo tiró a los pies de De Vroot.

—Ahí está el testamento de mi padre —dijo—. También están los documentos de propiedad. Léalos, De Vroot, así podrá comprobar que la anotación que mi padre hizo en el registro es muy anterior a la suya. Los documentos están debidamente legalizadas y no cabe la pasibilidad de falsificación coma hizo usted. Mechnos me pertenecen, como todos los robots.

De Vroot se puso pálido como un difunto.

—Ha perdido —dijo Guildax.

Hubo una corta pausa de silencia. De súbito, De Vroot se lanzó hacia adelante y derribó a Guildax de un fenomenal cabezazo en el pecho.

Lyra gritó. El asesino abrió la puerta y se precipitó al corredor.

Alcanzó el ascensor. Guildax se puso en pie y salió pistola en mano en persecución del fugitivo.

El ascensor iniciaba su descenso en aquel momento. Guildax hizo un disparo.

La descarga radiónica alcanzó el cuadro de control del ascensor, cortando el flujo de corriente instantáneamente. El motor de antigravedad se paró en el acto.

El ascensor se precipitó en el vacío con creciente velocidad. La caja impidió oír los terribles gritos de De Vroot.

Un tremendo estrépito subió de los subsótanos segundos más tarde. Guildax se acercó a la puerta y la abrió.

Miró hacia abaja. Apenas había luz, pera se podía divisar un gran cajón aplastado y deformado por el terrible impacto de la caída desde más de cien metras de altura.

Guildax inspiró profundamente.

—Ahora sí que se puede decir que el caso está a punta de cerrarse —dijo.

—¿Cómo? ¿No está cerrado del todo? —se sorprendió Lyra.

Guildax emitió una enigmática sonrisa.

—Falta una última diligencia —contestó—. Ven, salgamos.

*

—No sé para qué me has traído aquí —refunfuñó Lyra—. Yo ya he terminado de colaborar contigo y me considero absolutamente libre. Además, creo que no me merecía entrar por la puerta de servicio...

Guildax sonreía socarronamente, mientras hojeaba una revista, sentado en un cómodo butacón. Lyra se paseaba nerviosamente arriba y abajo en la estancia.

Una puerta se abrió de pronto y un hombre, vestido con bata blanca, apareció ante la pareja.

—Hola, Juan —saludó—. ¿Es ella la paciente?

—Sí, Ron. Te presento a Lyra de Thurm. Lyra, el doctor Armaln, buen amigo mío y reputado oftalmólogo.

—¿Qué? —gritó Lyra, empezando a comprender.

Pero Guildax no hizo caso alguno de su sorpresa.

—¿Cuándo me la tendrás lista, Ron? —consultó.

—Espera un momento... —Armaln hizo un cálculo mental y luego dijo—: Dos días de preparación, otro de intervención quirúrgica y observación postoperatoria, doce de convalecencia... Hoy estas cosas van muy rápidas, Juan; antes, aparte de que resultaba imposible, el enfermo permanecía a veces meses en la clínica. Dentro de quince días tendrás a tu chica —afirmó el galeno.

—Pero..., pero, ¿qué es lo que van a hacer conmigo? Yo estoy

perfectamente sana —protestó Lyra.

Guildax la empujó hacia el doctor Armaln.

—Eso es lo que tú te crees, pero yo no quiero que mi futura esposa se gaste más un solo centavo en parches para su ojo.

—¡Me van a poner un ojo de cristal! —chilló Lyra—. Siempre los he detestado...

El médico la agarró de la mano.

—Pero, Lyra, ¿por quién me ha tomado usted? ¿Es que me cree incapaz de reimplantarle un ojo en las debidas condiciones de visión, coloración de iris y demás? Juan, simplemente, quiere que su esposa tenga los dos ojos, eso es todo. El que le queda es precioso y el que yo le reimplante no será menos bonito.

—Es que yo...

Armaln tiró de la joven.

—Vamos, no haga remilgos, Lyra —dijo.

—Me gustaría que él estuviera a mi lado, doctor.

—No. Se pondría nervioso y usted también. Juan ya no la verá sino hasta dentro de quince días, cuando yo la haya dado de alta.

—Eso está bien, pero, ¿quién le ha dicho que yo voy a ser su esposa?

Juan soltó una risita.

—Pasaremos la luna de miel en Mechnos, junto al río —afirmó.

Lyra dulcificó su expresión.

—Bueno, si tanto te empeñas...

—Eso es algo que está ya decidido, Lyra. Ron, déjamela bien guapa.

—Descuida —contestó el galeno—: Lyra quedará como antes, pero no permitas que vuelva a piratear.

—Eso corre de mi cuenta —aseguró Guildax.

Lyra sonrió.

—Si me caso con un capitán de las patrullas del espacio, tendré que estar siempre al lado de la ley —dijo.

FIN